

Anónimo

**MEMORIAS
DE UNA
PRINCESA
RUSA**

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

Primera parte

Lo que sigue es un resumen del diario que llevaba, de manera circunstancial y detallada, la distinguida persona de cuya historia íntima trata. Aunque se verifica cotidianamente, es curioso que -por necesario que parezca ocultar nuestros defectos y debilidades a la vista de otros- a menudo se descubre que un relato completo de nuestras acciones y nuestra conducta -escrito por la propia mano, inmutable e innegable- permanece en forma de diario íntimo: en un registro de hechos, fantasías y emociones que siempre tendríamos que haber estado ansiosos, y lo estábamos, por enterrar en el olvido. Hay alguna camaradería en la mera comunión de la pluma y el papel? ¿Se alivian en cierta medida los pensamientos egoístas y acciones secretas confiándolas al papel bajo la forma de un diario? Un diario que, naturalmente, será destruido -¡siempre será destruido!-, cela va sans dire. ¿No ocurre que un algo secreto, afín al orgullo y la satisfacción, brota en el individuo en el mismo devilmment, e inspira la sensación de que es una pena que no quede constancia de tanta astucia, de una gratificación bien ganada, aunque sólo sea para nuestro uso futuro... y que luego será entregado a las llamas? ¿Cuántos conocimientos debe el mundo a los diarios íntimos, y cuántos de éstos estaban destinados a ver la luz? Esa sería una cuestión interesante para analizar, aunque no es la que nos ocupa de momento. Baste decir que la distinguida e influyente persona, de cuyas copiosas notas privadas he entresacado audazmente lo que sigue, ya no existe, y que su diario íntimo, con otros documentos y efectos familiares, quedó bajo la custodia del bibliotecario de uno de los Depósitos del Patrimonio Ruso del gobierno de ***, cuyos raros manuscritos y papeles meticulosamente reunidos he sido autorizado a estudiar.

El período en que ocurrieron los acontecimientos de que me ocupó fue el posterior al final del reinado de Catalina B, mientras su hijo Pablo, tras suceder a la disoluta soberana, permitía que su corte, ya contaminada por el descarado libertinaje de su madre, se revolcara en los vicios sin restricciones que ella había inculcado, y que continuara --siguiendo su propio ejemplo y estímulo- la inmoralidad desenfrenada de sus nobles; concretamente, los años 1796 y 1797.

Si el lector desea conocer sintetizadas en pocas palabras las costumbres de la corte rusa durante el reinado de Catalina II, puede leer el siguiente párrafo de un historiador imparcial:

< No creemos que la historia de ningún otro pueblo presente, en los tiempos modernos, una imagen de inmoralidad más completa y más odiosa que la del pueblo ruso bajo el reinado de la notoria Catalina. Ni las abominaciones de un Tiberio, ni las depravaciones de un Heliogábalo, ni las impuras tradiciones de la degenerada y degradada Roma, sobrecogen con mayor asombro».

< San Petersburgo se había convertido en una segunda Babilonia... sí, diez mil veces peor que Babilonia en los desenfrenados excesos en que sus habitantes de todas clases -corte, nobleza y pueblo- se sumieron y se entregaron», escribe otro comentarista, «instigados por el fatal ejemplo de la tan lisonjeada pero desvergonzada zarina.»

Estos eran los tiempos en que floreció la joven . dama rusa de quien trata este relato, y cuyo diario he anotado, y cuyo début tuvo lugar en una sociedad del todo corrupta, cuyas costumbres y ejemplos habrían sido peligrosos por sí solos, aunque no hubiesen estado ya en la joven esos fatales gérmenes de carácter y temperamento que por sí solos la habrían llevado a una vida impura, aun sin el estímulo del ejemplo circundante.

La princesa Vávvara Softa, hija única del príncipe Demetri ***, uno de los boyardos más grandes y ricos del imperio, tenía apenas poco más de catorce años cuando se ganó como débutante la admiración de la sociedad por su belleza y el raro encanto de su manera de ser. Su madre había muerto al darla a luz. No debe olvidarse que en Rusia una niña de catorce años está tan adelantada como una mujer inglesa cuatro años mayor. La educación de esa jovencita había sido más amplia de lo habitual: era una consumada poliglota, desde la cuna le habían enseñado a expresarse fluidamente en alemán, francés e inglés; y una parisina, brillante aunque cuestionable modelo de distinción, había agregado el toque de gracia en todas las elegantes trivialidades que dan el acabado para destacar en el grand monde.

Es fácil llegar a la conclusión de que, en semejante sociedad, la distinción -sumada a los logros y a la extraordinaria belleza de la joven princesa- no tardó en atraer sobre ella las murmuraciones llenas de envidia y denigración. Desconozco hasta qué punto, en esa época de su vida, ella había contribuido a merecer los rumores que empezaban a circular sobre su temperamento apasionado, su inclinación por el placer e incluso sobre sus irregularidades. No era probable que escapara a ello una beldad mimada, halagada y querida como la princesa Vávvara, pero lo cierto es que el príncipe, su padre, nada sabía de tales calumnias, y para él era suficiente pensar que su hija -la heredera de una docena de propiedades y cien mil siervos- era inmaculada par nécessité, si no por elección.

He obtenido los anteriores pormenores de fuentes en nada relacionadas con el notable diario mencionado, pues sólo más adelante, tal como ella misma admite, la joven princesa comenzó sus anotaciones en las páginas cuya copia me proporcionó tan interesante ocupación. No obstante, he considerado necesarias estas aclaraciones para explicar el carácter y la posición social de la autora del diario secreto que procedo a parafrasear en mi narración.

El príncipe Demetri estaba a cargo, por favor especial del emperador Pablo, de la Gobernación Militar de una de las provincias más grandes e importantes del Imperio ruso, y en condición de tal tenía prácticamente el poder de la vida y la muerte sobre el pueblo que gobernaba. El príncipe era de disposición vivaz y festiva, y, dada su inmensa riqueza, sus entretenimientos y diversiones eran magníficos. Así, los nobles de su provincia llevaban una vida despreocupada y alegre, las consignas de su entorno eran «Vive le badinage! Vive le plaisir! Vive la joie!». A este peligroso torbellino se vio arrojada la joven princesa, sobre todo porque su padre se encontraba con frecuencia ausente en San Petersburgo. Al parecer fue durante este período cuando la princesa Vávvara Softa empezó a redactar su diario.

Entre los criados destinados al servicio de la hija de tan ilustre noble, estaba su doncella personal Proscovia, una jovencita muy poco mayor que su ama y que parece haber gozado, como suele ocurrir en estos casos, de la confianza plena de la princesa. El palacio en que residía el gobernador era un edificio de vasta superficie, incluso comparado con instituciones de la misma naturaleza en Rusia, y la princesa disponía de toda un ala separada. Adjunto a la persona del príncipe, actuaba como aire de campo un joven y apuesto oficial cuyo nombre era Petróvich; por pretencioso que pueda considerarse, este joven oficial aspiraba al amor de la bella hija del gobernador. Dicha pretensión no resultó del todo despreciable para la damita, y el aire de campo encontró los medios -con asistencia de la criada- de entrar por la noche en los aposentos de la princesa. Poseída por un temperamento como el suyo, la jovencita no pudo resistirse, aunque tampoco lo intentó, a su apuesto galán, y por ende no sólo fue en sus habitaciones, sino en su propia cama y en sus brazos donde satisfizo sus fervientes instintos y los del ardiente amante. Petróvich, un joven sano y vigoroso de unos veintitrés años de edad, encontró la forma de complacer todos los deseos de ella en los brincos amorosos a que se entregaron, mientras la doncella Proscovia, siempre vigilante, se ocupó de que los vagos y a medias sofocados sonidos expresivos del placer, o el menor ruido ocasionado por la entrada y salida de él, no despertaran sospechas. El riesgo era enorme: el knut y Siberia eran el castigo menos severo que aguardaba al desafortunado Petróvich en caso de que el poco suspicaz gobernador lo descubriera en tan nefanda transgresión.

En esa época la princesa Vávvara estaba en la etapa más deliciosa y con toda probabilidad más fascinante de su belleza. En pleno desarrollo hacia su condición de mujer, poseía atractivos que habían despertado ya la reiterada observación y atenciones del mismísimo emperador Pablo. He tenido el privilegio de ver un retrato de ella que la pinta como una niña de encanto sin par, cuyos hermosos cabellos, tez deslumbrante y piel marfileña reunían la perfección de una Hebe de la Antigüedad. Su forma y su figura armonizaban con el resto de sus perfecciones, en tanto la gracia de su porte y pose dejaban entrever por sí mismos su noble cuna y linaje. Su carácter, empero, no era del todo acorde con su estampa. Su temperamento, mimado y desatado, era porfiado y autoritario, y no dudaba en golpear a los sirvientes con sus propios puños, ni en dirigirse a ellos con un lenguaje que habría dejado atónito a cualquiera que no estuviese acostumbrado a la autocrática conducta de la poderosa nobleza rusa. La princesa no toleraba negativas ni demoras, y en su caso desear acaba poseer: para su naturaleza imperiosa, la satisfacción de un deseo o un capricho sólo era la exigencia de un derecho, la adjudicación de algo que deseaba y estaba destinado a apropiarse. La aventura galante con Petróvich continuó durante un mes sin que ocurriese nada que provocara alarma, hasta que se produjo una circunstancia que alteró la situación. Proscovia tenía un hermano, un conductor de trineo que a menudo había visto y observado a la princesa; a este canalla -un voluminoso y malintencionado individuo, que ocultaba su auténtica catadura bajo un exterior aparentemente honrado- no se le había pasado por alto cierta intimididad entre el aire de campo y su joven ama cada vez que creían que nadie los veía. Impresionado por esta idea, y resentido desde tiempo atrás con el galán, Iván trató de sonsacarle más a su hermana Proscovia, y las respuestas con que ésta intentó desviarlo del tema sólo sirvieron para aumentar sus sospechas. Vigiló como un gato, y por fin vio introducirse al feliz Petróvich en los

aposentos de la joven princesa bien entrada la noche. Con todas las medidas cautelares necesarias, Iván logró hacer llegar al príncipe una carta anónima cuyo contenido, fuere cual fuese, bastó para que el potentado hirviera de furia y disgusto. A medias incrédulo, a medias inclinado a dar crédito a la deshonrosa insinuación transmitida por medios tan sucios, el príncipe Demetri se precipitó a los aposentos de su hija. Enfrentado a la vigilancia de la criada, se vio obligado a hacer una breve pausa antes de invadir a toda prisa las habitaciones de la damita. Cuando por fin lo hizo, encontró a su hija sentada ante una mesa, leyendo tranquilamente, y sólo ansiosa por conocer la causa de tan inusual visita de su padre. Todavía incrédulo, el desconcertado príncipe registró las habitaciones, y con el pretexto de la posible existencia de ladrones, asaltantes y otros intrusos de malas intenciones, registró el ala por los cuatro costados.

Por último, tras una infructuosa búsqueda, se retiró. La princesa, ocupándose antes de atrancar todas las puertas, procedió a abrir con Proscovia el macizo baúl en el que habían encerrado al tembloroso aire de campo. Pero Petróvich se había sentido al parecer tan sobrecogido de terror que no podía moverse; lo tocaron, lo incorporaron, pero sólo para descubrir que el desgraciado se había asfixiado y que se le había extinguido la vida. Cualquiera persona corriente habría sucumbido de pánico en semejante situación. ¡Que encontraran muerto al aire de campo del gobernador en los aposentos de su hija! Impensable. No había que perder un solo minuto. La princesa y su criada reflexionaron. Enseguida Proscovia pensó en su hermano y salió corriendo a buscarlo. No estaba lejos, por cierto. Entretanto, en lugar de llorar por la pérdida de su amante, la princesa empezó a pensar que al fin y al cabo el galán no estaba del todo a su altura: de hecho, ya empezaba a cansarse de él cuando ocurrió el funesto accidente.

Pronto Proscovia dio con Iván y éste prometió de buena gana por razones personales hacer todo lo que estuviera en sus manos para librarlas de tan comprometedor carga. Buscó sus caballos y su trineo, y condujo el vehículo sobre la nieve que caía rápidamente, alzó el cadáver del desafortunado aire de campo y lo arrojó sobre el trineo con pocos miramientos. Luego partió en plena noche al río helado, cogió un pico que llevaba consigo y practicó un agujero en el hielo, por el cual hizo descender el cuerpo del joven Petróvich con una piedra atada a los pies. Luego amontonó la nieve encima del boquete y dejó el cadáver allí para que fuese devorado por los grandes esturiones del Volga y con la certidumbre de que la cavidad volverla a cerrarse con la helada.

La satisfacción de la princesa, al verse tan fácilmente liberada de las consecuencias de su imprudencia, anuló de inmediato todo sentimiento de pena por la pérdida del amante; la desaparición de Petróvich se explicó por su supuesta huida a consecuencia de ciertas deudas de juego que no podía pagar, y por temor de que ello llegara a oídos del gobernador, como por cierto parecía ser, según quedó confirmado por la investigación que se llevó a cabo.

Iván pensó entonces en la importancia del secreto que poseía y en la forma de hacerlo valer. Así, una noche se presentó audazmente ante la puerta de los aposentos de la princesa Vávava y exigió a su hermana que lo llevara a presencia de la hermosa y joven ama. He de consignar que este Iván, como muchos campesinos rusos criados en

servidumbre, era lúbrico y cruel en alto grado. Además era rapaz, y tan robusto y ancho de hombros como cualquiera de los mujiks que estaban al servicio del príncipe. El sabía, naturalmente, qué había llevado al desafortunado aire de campo a los aposentos de la princesa; así fue como este ser jactancioso se consideró tan bueno como aquél para dar satisfacción a la princesa, además de contar con ponerle las manos encima a una buena suma de dinero por su silencio y discreción. En consecuencia, cuando tuvo frente a sí a la princesa, estas ideas empezaban a rondar por su mente y exhibió una conducta tan imperturbable que su ama comprendió a primera vista cuáles eran sus propósitos.

En consecuencia, Iván no rechazó el puñado de billetes de veinte rublos que la bella jovencita puso en la palma de su mano musculosa, y aceptó la invitación a beber de su propia petaca de plata llena de coñac. Gradualmente, mientras ella le sonreía, fue incrementándose la confianza del individuo, y en concordancia la insolencia de sus deseos. La princesa era lo bastante inteligente como para juzgarlo acertadamente de un vistazo.

-Supongo, digna y noble señora, que ahora no tenéis galán -dijo Iván, con un amago de sonrisa de complicidad.

-No, Iván... ninguno. Y en algunos momentos -agregó la princesa, sonriente- pienso que debo encontrar otro.

Iván vio su oportunidad y con todo descaro sugirió:

-¿Qué os parece, Excelencia, si os lo busco?

Eso no serviría de nada, mi buen Iván, porque preferiría escogerlo personalmente. No confío en que lo busque otra persona, por inteligente que sea.

- Será un hombre afortunado! -murmuró Iván.

-Quizás... eso dependerá de él; tiene que ser alto y ancho, fornido y de buena planta, lo bastante fuerte para arrastrar a un hombre pesado por el hielo, Iván.

¡Por todos los santos! Yo soy todo eso -sonrió Iván.

-Si así es, Iván, acércate, durak --«tonto»- y déjame ver con mis propios ojos qué clase de hombre eres.

Después de estas palabras, la joven princesa hizo señas a Iván para que se despojara de algunas prendas de su vestimenta, orden que el meritorio no vaciló en obedecer, pues entendió los ademanes de Vávára.

Tras unos segundos empleados en aflojar cuerdas y hebillas, pues la naturaleza grosera del siervo ruso carecía de reservas, Iván dejó caer esas prendas y quedó a medias expuesta su desnudez a la mirada de la jovencita.

La princesa, cuya naturaleza lasciva se despertó deprisa, en cuanto percibió las musculosas proporciones de los miembros del mujik se inflamó de deseo, a pesar del aspecto sucio de aquél y sus vestiduras de campesino confeccionadas con pieles grasientas. El astuto Iván había dejado a la vista lo suficiente para que la procaz princesa ansiara ver más, y mientras ella lo contemplaba con la respiración acelerada y las mejillas ardientes, él sintió que los encantos de tan selecto y delicioso bocado, inspeccionándolo con tal desfachatez, avivaban su apetito carnal hasta un punto casi irresistible. Así, las facultades mentales transmitieron rápidamente sus impresiones a

la carne, provocando que desplegara su virilidad de una manera muy simple e inconfundible.

-Eres un hombre portentoso, Iván, tu enamorada debería estar orgullosa de ti, pero al mismo tiempo eres terrible... Déjame ver de inmediato, durar el instrumento con el que haces el amor.

Entonces Iván se quitó de buena gana los restantes obstáculos que impedían que la princesa lo viera por completo, desnudando las partes secretas de su cuerpo y dando así testimonio instantáneo de su disposición y su vigor.

El astuto mujik estaba erecto y sonreía con desfachatez. En cuanto a la princesa, ésta se mostró encantada con la exposición, y dada su ignorancia de las proporciones ocultas bajo el grosero exterior de un rústico, fijó su mirada con asombro y deleite en lo que él puso de relieve. Iván, que a toda velocidad se estaba volviendo loco de ardor, apenas podía contener el ansia de satisfacer sus deseos.

Por fin ella, dejando de lado cualquier consideración pudorosa, le hizo señas de que se aproximara más, y con gran excitación -mientras sus bellos pechos se movían con la irregularidad de su respiración y sus ojos delataban la pasión que la consumía- rodeó con su pequeña y fina mano el miembro, haciendo hormigear la carne de él e hinchando sus partes, que se enardecieron más que nunca ante el excitante contacto de esos dedos.

Con su acostumbrada astucia, Iván comprendió el estado en que se hallaba la princesa, y gozó con los toques indelicados y el examen a que ahora ella lo sometía. Por ende le facilitó la investigación y descaradamente quitó hasta el último vestigio de su vestimenta sin que ella se lo ordenara.

El mujik era, de ello no cabe duda, un hombre portentoso... en este sentido la princesa había dicho la pura verdad. Con más de metro ochenta de estatura, un cuerpo bien formado, ancho, muchos músculos en sus fuertes miembros, Iván era un modelo para un artista, y su rostro, dotado de mucho pelo como el resto de su cuerpo, aunque de carácter taimado y de expresión brutal, no carecía de encanto.

Una vez que la princesa cogió literalmente el toro por los cuernos, avivada plenamente su naturaleza lasciva, no pensaba conformarse con fruslerías. Percibió el efecto de su acto voluptuoso en el mujik, lo que sirvió para encender su sangre y transportar sus sentidos más allá del freno de la razón. Con los labios jadeantes musitó, al tiempo que sus caricias se volvían más y más pronunciadas:

-Mujik, ¿puedo confiar en ti, eres capaz de guardar un secreto?

-¡Seguro! ¡Acaso no poseo ya uno?

La princesa sonrió mientras atraía el cuerpo de él hacia el suyo.

-i Sé discreto, Iván, muchacho! ¿Me oyes? Te tomaré como amante, harás conmigo lo que tu alma quiera. Yacerás en mis brazos y me poseerás. Me atravesarás como te plazca. Penetrarás mi cuerpo con el tuyo. ¡Esta cosa enorme que aprieto, mujik, tonto,

sentirá la calentura de mi sangre, penetrará lo más profundo de mi alma... no la rechazaré por su largura ni por su anchura, será recibida en mi persona y estaremos unidos... tus placeres serán los del paraíso, Iván, tu sangre y la mía bullirán juntas de deleite, tus sensaciones se convertirán en éxtasis, hasta que... Ah, duran ya veremos.

Y la princesa, que había hablado en el dialecto común del campesinado para que el mujik la comprendiera mejor, temblando por su propia excitación, adelantó sus bellos labios húmedos hasta los de Iván y suavemente insertó la punta de la lengua entre ellos.

Como el lector puede imaginar, el vulgar mujik abandonó su pasividad. Durante las ardientes palabras de la princesa, sintió el excesivo ardor a que lo estaba sometiendo; y mientras cada oración se hundía en su corazón y al mismo tiempo encendía su obscena imaginación, la fue rodeando con sus brazos y sus manazas recorrieron el cuerpo de ella tratando en vano de descubrir un camino hacia los tesoros que ansiaba explorar.

Entonces Vávvara se dignó ayudarlo. Por algún medio misterioso su vestido cedió y la descubrió en su maravillosa belleza desnuda a los ojos del sirviente. Ahora le había llegado el turno a él. Impaciente por la demora y delirante de concupiscencia, se precipitó sobre ella. Cubrió el suave cuerpo con besos desde la cabeza a los pies, ella consintió sus caricias mientras las manos de él erraban sobre sus encantos, e incluso sus partes más íntimas estaban a su merced. La princesa nada le negó, sino que le entregó su cuerpo voluptuoso sin reservas. Iván prosiguió atrevidamente con sus toqueteos y sus besos, hasta que ella, ardiente por sus abrazos, mostró tanto abandono como el campesino.

Entonces el mujik buscó la satisfacción de su fogosidad y la saciedad de su desenfreno en la persona de su ama. Se incorporó y, tras separarle sus dóciles piernas, montó sobre ella. Así quedaron unidas sus carnes, así se mezclaron el aliento ardoroso y los suspiros de ambos, conjugados en un mismo deseo, encendidos de ardiente impaciencia. Ya estaba el feroz pecaminoso a mitad de las puertas abiertas, probando una entrada que los groseros intentos del mujik y la desproporción de las partes volvían inútil. Una y otra vez intentó adaptarse al estrecho sendero de los deleites prometidos, y empezó a temer que las delicadas formas de la princesa Vávvara no estuviesen destinadas al placer de un hombrón tan bien dotado como él.

Pero entonces, fiel a su promesa, la princesa acudió en auxilio del mujik. Jamás se había visto sometida con anterioridad a un ataque semejante, pero sus deseos igualaban a los de él y no se desanimar por dificultades susceptibles de ser superadas. Cogió de nuevo el miembro hinchado del rústico y con su propia mano lo puso en contacto, prestándose a tan poco delicada operación, e intentó practicar una entrada horadándose a sí misma con el arma del amor cuyos placeres había imaginado; su experiencia. y su determinación con lo que la fuerza brutal del mujik no había conseguido, pues ya sintió sus partes penetradas y el movimiento del inmenso asaltante en el camino acertado. Apartó la mano, y con los dientes apretados aguardó el impacto de la cópula

-Empuja ahora, muchacho, y goza de mí para contento de tu corazón -murmuró en voz baja.

En cuanto el impaciente mujik detectó las delicadas presiones a que ahora se veía sometido, descubrió su ventaja, y juzgando que lo único que debía hacer para alcanzar su objetivo era empujar sin otra consideración que su propio placer, puso manos a la obra contorsionando los miembros y la flexible cintura, introduciéndose hasta lo más profundo de la encantadora princesa, pese al evidente sufrimiento que producían sus torpes intentos. En cuanto a ella, tras percibir el asetaamiento de la terrible coyunda, sintiendo que no tenía nada más que temer y que había recibido tal como anhelaba el miembro rígido del mujik en su cuerpo tan lejos como era posible penetrarla, rodeó con brazos y piernas al hombre y lo apretó tan fuerte que imposibilitó todo movimiento por parte de él, Y así yacieron sus cuerpos unidos, la princesa deleitándose con la palpitación de la abundante verga de Iván en su interior.

Pero pronto el mujik se disparó por razones de fuerza mayor, encontrándose en una especie de cielo paroxístico, las sensaciones experimentadas lo agujonearon, el movimiento se convirtió en una necesidad y comenzó a dar empujones con sus caderas con tanta fuerza y energía que la princesa gritó de deleite. El mujik empujaba, y no bien percibió el estado de su pareja y notó que ella compartía sus placeres, redobló los movimientos y, mezclando los gemidos de éxtasis, sus cuerpos se elevaban y hundían en la consecución del acto obscuro. La princesa lamentaba que no pudiese durar eternamente, Iván se esforzaba por alcanzar el punto culminante de su goce, que también significaría el punto foral de su incontinencia. La princesa sintió que las partes del libidinoso se volvían más duras y calientes, el mujik creyó que sus sentidos lo abandonaban mientras llegaban juntos a un coito frenético y, con rugidos de satisfacción tan roncós como los de un semental con una yegua, inyectó en el cuerpo de la princesa una asombrosa cantidad de semen. La embriaguez de su descarga provocó que el mujik emitiera gritos de regodeo, mientras la damita, abrumada por el éxtasis que él le ocasionaba, permaneció casi desmayada mientras recibía la inundación. Apenas había acabado Iván cuando recomenzó, y ella, que empezaba a deleitarse con el miembro potente de ese hombre vulgar con mayor fruición de la que jamás había experimentado, se entregó por entero a la brutal voluptuosidad de verse así ferozmente ultrajada. Después de tres coitos completos, el mujik se retiró del cuerpo de la princesa, con su apetito carnal aplacado por el momento, y permaneció resonante, con los ojos entrecerrados, a su lado.

No pasó mucho tiempo antes de que los pensamientos del lujurioso placer que había disfrutado con su encantadora amante, y quizá también las hormigueantes sensaciones que seguían acosándolo después de la última coyunda, hicieran que el mujik mostrara otra vez síntomas recurrentes de su virilidad. La vista del sucio individuo en este estado inflamó de nuevo los deseos de la princesa Vávvara, y sus besos y toques lascivos ejercieron el efecto correspondiente en el mujik, hasta el punto en que éste retomó de prisa su posición encima de ella, y con ansiosos empujones penetró sus partes pudendas. Sin embargo, en cuanto su miembro hinchado quedó envainado donde ambos deseaban, y sus cuerpos apretados volvían a contorsionarse, se abrió la puerta de la cámara e hizo su aparición Proscovia.

Cuando el mujik notó que se abría la puerta y entraba alguien, flotaron ante sus ojos visiones del knut y de Siberia Retirando su erecto miembro humeante, incapaz de hacer nada más a causa del miedo, permaneció con la vista fija, su indecencia Plenamente expuesta a la vista de Proscovia. Entretanto la princesa Vávvara, mordiéndose los labios purpúreos, disgustada, dividía su atención entre el miembro hinchado del mujik y la atrevida intrusa. En ese instante Proscovia supo plenamente de las irregularidades de su ama, cuyo debut había sido ya celebrado en una corte como la de Rusia, infestada de los vicios bestiales de Catalina que, como no podía dejar de ocurrir, produjeron todos los efectos de que eran capaces en las costumbres y el temperamento de la princesa Vávvara; pero este último acto cogió a Proscovia por sorpresa, para no hablar del asombro y el desmayo con que reconoció a su hermano en semejante posición. La criada estaba pues a punto de retirarse, cuando la voz de su ama le ordenó que no se moviera de donde estaba.

-¡Cierra la puerta y pon la tranca, Proscovia! ¡Ven aquí de inmediato! ¡No, nada de caprichos! Te ordeno, so pena de la inmediata inflicción del knut, que obedezcas. -Luego, al ver que la chica todavía vacilaba ante tan extraño espectáculo, la princesa se levantó, golpeó furiosa el suelo con su pequeño pie y sacudió un puño cerrado ante la cara de Proscovia.

Pero Vávvara conocía su papel a la perfección y no permitiría que una simple sirvienta la desobedeciera. Desdeñó cubrirse el cuerpo desnudo y, por el contrario, permaneció erguida en todo su encanto. Iván, igualmente desnudo, tenía la vista fija, los ojos desorbitados. La princesa aferró el miembro erecto del mujik y lo agitó delante de la doncella.

--¿Ves esto, Proscovia? Tu hermano es un timbre portentoso... Vamos, olvida falsos recatos y dime lo que piensas de verdad.

Ante tan autoritaria apelación, la criada tartamudeó algo a modo de respuesta y permaneció temblorosa aguardando las órdenes de su ama imperiosa, no sin manifestar en su actitud cierta dosis de avergonzada confusión.

Proscovia había sido educada con más esmero que la mayoría de las de su clase social, pues había sido seleccionada, con otros miembros de la servidumbre de las vastas propiedades del príncipe, para el servicio personal de la princesa. En cumplimiento de este oficio, había sido separada de su familia y había visto muy poco a su hermano Iván hasta que regresó de la capital con su ama, cuando el príncipe Demetri asumió las funciones de gobernador. No es mi intención insinuar que el campesino ruso, en la época cuyos datos recojo, fuese un grupo por completo abandonado en lo que respecta a su moral, pero no podía esperarse que tanto vicio, abierto y descontrolado como el que afectaba a las clases superiores, no arrojara una sombra descendente sobre las capas más bajas de la comunidad, y debemos recordar que los siervos ni siquiera tenían el incentivo de la libertad para ennoblecer sus ideas de la vida. Proscovia no era mejor que ellos, y además había penetrado en su mente la degradante influencia de la vida cortesana en San Petersburgo. Era una muchacha que destacaba por su figura, y naturalmente no había recibido pocas atenciones por parte del otro sexo.

Iván no albergaba la menor preocupación ni escrúpulos con respecto a su consanguinidad, y en cambio concebía un secreto deseo hacia su hermana, deseo que ya había intentado contagiarle, aunque en vano.

Vávvara tenía su propio punto de vista; había comprendido hasta qué punto los dos hermanos estaban vinculados a ella por un incómodo secreto, y nunca permitía que ningún escrúpulo la apartara de sus propósitos una vez que los concebía. Interpretando la mirada ávida del mujik desnudo como buena señal, arrastró a la chica hacia delante y cogiéndole la mano la apoyó en la parte más indelicada de su hermano. Este captó la idea y ardió en deseos de satisfacer el goce interrumpido, y no sólo contribuyó a los manejos de la princesa sino que atrajo a Proscovia hacia él y la besó repetidas veces en la boca.

Ven, Proscovia -dijo el ama-, nada de timideces ni pudores. Iván todavía no está satisfecho y una chica bonita como tú no le vendría mal. ¡Fíjate en qué estado se encuentra!

Entre los dos la empujaron hasta el diván. La sirvienta temía demasiado a la princesa para ofrecer resistencia. Un segundo después el brutal mujik, a quien la situación le parecía una estupenda broma, le había levantado las faldas a la hermana hasta el pecho, dejando al descubierto sus jóvenes y bien contorneadas formas. La princesa lo ayudó, estimulándolo con la voz y el ejemplo. Entonces Iván, blandiendo el miembro que en ningún momento había perdido la evidencia de su vir~ avanzó hacia el ataque incestuoso, medio borracho de lujuria y con la excitación que le pro~naba este nuevo objeto impúdico. Forcejea- los tres, cayendo a veces a un lado y a veces el otro, mientras el feroz Iván se esforzaba por Omplir su propósito. Por fin se presentó una oportunidad favorable, empujó y con un grito de triunfo logró forzar a la persona de su hermana.

La princesa se apartó y observó con deleite la operación, mientras los movimientos desesperados del mujik delataban su placer. Proscovia, a medias aplastada por el peso de su hermano y aterrada casi insta el punto de perder el conocimiento, no presentó la menor oposición; el brutal individuo, por completar el acto, acabó con un grito voluptuoso al sentir que el clímax final se apode- sus sentidos. Tras descargar hasta su completa satisfacción, retiró el miembro del cuerpo su hermana y se apresuró a cubrir las partes chorreantes.

Entonces las dos mujeres se ocuparon rápidamente de liberarse del mujik, la princesa prometiéndole una pronta renovación de sus placeres, la hermana reprochándole la brutalidad, aunque al mismo tiempo relamiéndose en secreto por el estado en que se encontraba

De este modo, la princesa se había asegurado definitivamente la reserva y fidelidad de la criada: ¿Caso no estaban remando las dos en el mismo bote?

Segunda parte

Antes de volver al diario íntimo de la princesa Vávvara, deseo hacer un par de observaciones. Hasta aquí he intentado atenuar tanto como me ha sido posible los apuntes de la princesa en mi paráfrasis, pero he de admitir que en algunos párrafos el calor de su imaginación desbordada parece haberse soltado junto con su discreción, y ha escrito expresiones tan repugnantes a la decencia que me veo obligado a dejarlas sin traducir, y ruego a mis lectores que cuando dejen en blanco algunos sustantivos y otras expresiones de la lengua, los sustituyan por sí mismos y me libren de semejante responsabilidad. Algunas partes del diario son tan extraordinarias que he preferido ofrecerlas literalmente, con la única reserva mencionada; en otros casos las descripciones, no sólo de sus sensaciones sino de los hechos y escenas, son tan detallados que no pueden dejar de causar profunda impresión en el traductor, y me sería materialmente imposible reproducirla en todo su brillante colorido y enérgica descripción. Por ende he procurado dejar que el lector imagine por su cuenta la absoluta depravación de una mente tan desequilibrada, incitada por la fuerza de las circunstancias que la rodeaban y los hábitos de la sociedad en que vivía, libre de cualquier consideración hacia el deber o la religión.

Tan interesado estaba en el estudio de este insólito fenómeno fisiológico que no escatimé esfuerzos en buscar un retrato de la princesa, y descubrí finalmente uno de tamaño natural, colgado en un palacio de San Petersburgo. Pinta a una mujer joven y de una belleza singular, de unos diecinueve o veinte años de edad. No pude olvidar fácilmente sus ojos. De incomparable encanto, en sus brillantes profundidades daban la impresión de penetrar al espectador hasta el alma. Su tez era clara, extraordinariamente clara; los cabellos castaños caían en exuberantes ondas sobre sus hombros. Tenía la frente ancha y noble, el aire altivo e imperioso, aunque evidentemente capaz de expresar gran ternura y sensibilidad. El retrato me persiguió meses enteros y me inspiró para concluir la tarea que ya había comenzado, concretamente la de copiar y parafrasear tan singular diario.

A los lectores que no conozcan la lengua rusa, he de informarles que Vávvara o Vávvara es sinónimo de Bárbara, y que el tono insolente y autoritario empleado por los nobles para dirigirse a sus siervos era el habitual, y el que éstos daban por sentado y recibían con espíritu de respetuosa sumisión.

Tras describir su primer encuentro con Iván en la ocasión que ya conocemos, la princesa pasa a relatar el segundo, pero dado que gran parte de éste posee un carácter muy peculiar, considero mejor presentarlo con sus propias palabras, aunque algunas partes son del todo intraducibles.

«Dos días después de su primera visita y del éxito de mis experimentos con él, mandé a buscar a Iván. Necesitaba dar algún alivio a la privación que soportaba a solas, y él era el adecuado para proporcionármelo. Durante el intervalo, sólo había pensado en su vigor y sus habilidades. El entendió muy bien mis objetivos y no necesitó de ninguna inducción para secundar mis ideas más desenfrenadas. Le hice señas de que se acercara y se despojara de sus groseras pieles de cordero. Obedeció con la torpeza

propia del patán que era. Hice que se descubriera y expusiera el bajo vientre y las piernas musculosas. Miré hacia sus partes pudendas y vi cómo su gran *** aumentaba y se erguía gradualmente. Lo mantuve a cierta distancia mientras me abría el peinador y exhibía mi cuerpo casi desnudo, apenas cubierto por mi camisa de seda, con las medias y los zapatos puestos.

Mis encantos lo inflamaron; su estaca se empinó gruesa y purpúrea de deseo. Hice que se situara delante de mí y cogí el instrumento entre mis manos. Sus testículos eran inmensos, tenía la bolsa y el vientre cubiertos de vello. Todo ello despertó en mí un fuerte deseo; ese individuo avivaba en mi cuerpo sensaciones que hasta entonces yo desconocía. La visión y el contacto de sus partes me embriagaron. Había descubierto algo para satisfacer, al menos de momento, mis fantasías más desbordadas: tan feliz y delirante me hacían los genitales de ese hombre. El me acarició con sus manazas, me besó todo el cuerpo, mientras yo frotaba y sobaba su inmensa *** y él jugaba con mi abertura. Sus bastos toques eran deliciosos; cada movimiento de sus dedos, yo lo devolvía con un apretón de su verga.

-¿No es delicioso? -le pregunté-. ¿Te gusta la sensación cuando te sobo el miembro?

Excelencia, vuestros toques son el cielo, vuestro siervo está embelesado por tanta condescendencia.

-Supón que siguiera sacudiéndolo así. ¿Qué harías?

-Entonces me ***. -Empleó estas palabras porque no conocía otras: era una expresión grosera corriente entre el campesinado-. Y vos, Excelencia, me privaríais del placer de daros aquello que me permitisteis la primera vez.

Qué era eso? pregunté, sonriente y fingiendo ignorancia.

-Permitisteis a vuestro sirviente entrar allí. -Uniendo la palabra a la acción, insertó la punta del dedo en la delicada abertura-. Me permitisteis *** con vos. -También en este caso empleó una expresión grosera-. Gocé de un gran placer, me sentí casi muerto de deleite y no he pensado en otra cosa desde entonces.

-¿Tanto te ha fascinado mi cuerpo, Iván? Pero tu columna es enorme y me temo que no sea adecuada para unas formas tan tiernas y delicadas como las mías.

Dije eso para excitarlo más, y noté que sus ojos se nublaban de pasión y su fuerte miembro palpitaba anhelante.

-Vuestro sirviente será tan suave que no os hará daño. No seré violento en absoluto, me portaré como un cordero en las manos del lobo, podréis hacer conmigo lo que queráis... sólo permitidme intentarlo. Mi *** gotea ya ante la idea de entrar, tiene la cabeza cubierta con el rocío de sus ardores, ya prepara el medio para lubricar la hermosa cueva... dejadla entrar.

No, Iván, me da miedo su tamaño... me harías mucho daño...

-No digáis eso, Excelencia, sólo os daré placer, agitaré suavemente vuestras sensaciones hasta el goce supremo... os montaré deliciosamente y llenaré vuestra alma con el desenfreno de mi energía, empujaré con fuerza cuando vuestros espasmos os abrumen y nadaréis en el mar de mi semen. Vuestras entrañas vibrarán constantemente en el paroxismo y no cesará de fluir vuestro dulce jugo.

Cerré los ojos; Iván me apretó entre sus fuertes brazos, atrayéndome hacia su robusto cuerpo, que sujetó desnudo contra el mío; se echó sobre mí, apoyando su vientre veloso en mi tierna piel sonrosada. Empujó su *** entre mis muslos; la sentí caliente y firme como el cartílago... su contacto me electrizó.

-¡Dios mío! -murmuré-. ¡Me matarás!

Iván no prestó la menor atención a mis protestas... que en realidad sólo estaban destinadas a calentarlo más. Saboreé su salvajismo; ser víctima de su vulgar lujuria era puro placer para mí, pero todavía no lo dejaría salirse con la suya. Sus partes tocaban las mías; la punta de su estaca, que destilaba gotas impacientes, presionaba los labios de mi cavidad, buscando una entrada para su tiesa longitud. Era como el semental entablando una lucha desigual de deseo amorio con una palafrenera. Me sentí sucumbir y, levantándome, lo aparté de mí: quería disfrutar de los preliminares, provocarlo más. El se incorporó y volvió a mirarse las partes: su enorme ***, inflamada por mi resistencia, apuntaba hacia arriba y se meneaba delante de él. Estaba más roja, más feroz que nunca; quejándose de mi resistencia, con súplicas abyectas, volvió a cogerme: una vez más se arrojó sobre mí y con la rodilla separó mis blandos muslos. Otra vez sentí el contacto de su ***. Sus primeros intentos fueron tan torpes como antes: me hizo daño, se lo dije, la cabeza de su miembro quería abrirse paso a través de mis labios menores.

-¡Ahora entra! ¡Por fin, Santo Cielo! ¡Qué placer! -gritó, dando empellones contra mis partes.

De hecho, la mitad de su columna estaba en mi vientre; temí perder lo que él tenía para darme y lo ayudé en sus brutales esfuerzos de penetración... poco a poco se deslizó en mi interior; sentí el empalamiento con hambriento deleite y luego, bajando su cintura, se dedicó de lleno a lo que estaba haciendo. Me penetró hasta que me sentí atiborrada con su miembro viril. Luego me sacudió terriblemente y empujó en mi interior el resto de su ***; así, completa la penetración, comenzó su arrebató. Las estocadas eran deliciosas y, pese a su tamaño y su vigor, empecé a secundarlo. Los empellones iban acompañados de bajos gritos guturales. Me aferré a él y lo recibí con inefable deleite. Levanté las piernas y las apoyé en su espalda. El se apretó contra mí y enterró su *** en mi cuerpo, que respondía a sus empellones. Nuestras caras se tocaron, nuestras lenguas se retorcían juntas, nuestros alientos iban y venían en un largo desborde de placer, cerré los ojos en un éxtasis convulsivo. Nuestros cuerpos estaban firmemente unidos, la comunión era tal que sentí hasta el último espasmo, hasta la última palpitación de la potencia viril. El rodó y cayó sobre mí, en mí, su ser se confundió con el mío. Iván parecía identificarse en su carne ferviente con la mía. Su miembro, empujado hacia delante con indescritibles esfuerzos, no podía penetrarme más. Mis manantiales se abrieron y ayudaron a sustentar sus movimientos rápidos y profundos; las exhalaciones de él entraron en mi bajo vientre y embriagaron mis ansiosos sentidos.

-¡Oh, mujik! Me has penetrado hasta el alma, continúa ahora moviéndote tan deliciosamente, apriétame con el vigor de tu fuerte hombría. ¿No eres feliz ahora poseyendo a mi persona? Tu vara me llena de éxtasis, es una barra de hierro, me atraviesa hasta el corazón.

El mujik no podía responder con palabras, pero subía y bajaba su *** en el interior de mi cuerpo de una forma que me hizo temblar con espasmódica pasión. Su columna, que ya no estaba confinada por falta de humedad, se acomodó en toda su extensión y las sacudidas se volvieron más cortas y fuertes. Sentí que se endurecía y agrandaba más aún. Él hizo una breve pausa, como si quisiera reunir todas sus energías en un único esfuerzo, y entonces me entregó aquello por lo que yo estaba ardiendo; me estrechó el cuerpo contra el suyo y, con su enorme *** enterrada hasta el fondo en mi interior, sentí que me llenaba con torrentes de esperma. Yo nunca había experimentado nada semejante a esta inyección de su ***. Tres veces, antes de que lo apartara, el libidinoso mujik me inundó, y las tres veces recibí sus jugos con gritos de ardor.

Entonces me eché sobre su cuerpo y me quedé dormida... no sé durante cuánto tiempo. Me sentía dichosa y encantada con la energía de mi rústico amante. Al despertar lo encontré acariciándome todo el cuerpo. Bajé la mano y palpé su columna; estaba tan fuerte y empinada como al principio. Fue un deleite sentir su largura y su anchura. Iván no estaba ocioso, pero mis toqueteos lo perturbaron y quiso empezar de nuevo, gozarme otra vez, aunque se lo impedí. Forcejeó para caerme encima, pero no se lo permití. Le ordené que se quedara quieto. Mis manipulaciones lo incendiaron, pero insistí en que se mantuviera sumiso. Su *** estaba inmensa, la punta era como una ciruela madura. Por un instante olvidé lo que era y la traté como si de esa fruta se tratara. En ningún momento el mujik se había mostrado tan fogoso; no podía quedarse quieto... todo su cuerpo vibraba. Con mis contoneos lascivos fui acercándolo con fruición hacia mí y experimenté tanto placer como él. Lo manipulé de modo que aumentara gradualmente su placer; con una mano contuve sus globos, rodeé su *** con mis labios húmedos, la dejé entrar entre ellos y saboreé el encanto de su fortaleza viril. Sentí que no podía seguir adelante sin ***. Vacilé; mientras me decidía a proceder, pensé que se me escaparía el ***, que él ya estaba a punto de eyacular. Yo ardía en deseos de gozar y ser gozada, de ser arrasada otra vez por este taimado campesino, cuyos instintos bajos y brutales me proporcionaban tanto placer. ¡Pero su *** me resultaba tan atractiva! En mi delirante admiración de sus partes pudendas, me sentí casi fuera de mí. A duras penas logré soltar la llameante columna. Luego, exhalando un profundo suspiro, me incorporé; quedé frente a él, que cayó sobre mí y me desplomé hacia atrás a un costado de mi cama; al caer me volví retorciendo mi cuerpo, él me rodeó la cintura con la intención de completar su goce -parecía que le daba igual de qué manera-, sentí que apretaba su cuerpo caliente contra mis nalgas, su aliento me quemaba el cuello, su columna ya se arrojaba entre mis piernas, buscando en vano una entrada. No es de extrañar que se desviara, su tamaño escapa a toda descripción, su *** era un hierro al rojo vivo. Levanté una pierna y él aprovechó este movimiento: en un instante me sentí penetrada por su enorme columna, que subió por mi interior hasta el vientre. Experimenté tan deliciosas sensaciones que lo ayudé en todo lo que pude. Su *** se contorsionaba de placer, sin parar, y poco después descargó su *** en un fabuloso borbotón. Entonces me tocó a mí revolcarme gozosa y recibí hasta la última gota emitiendo grititos de éxtasis. Mi cuerpo y las sábanas quedaron cubiertas con la evidencia de la virilidad del mujik. ¡Me daba igual! Yo sólo quería gozar; cambiar las sábanas sucias era asunto de Proscovia, no mío; en cuanto a mi cuerpo, yo sólo quería inocular todos sus poros con el esperma de Iván.»

Es casi imposible concebir algo más rápido que el desarrollo de los vicios que llameaban en la índole de la joven y fascinante princesa Vávvara Softa. Como puede suponerse, una asociación como la existente entre ella y su amante de baja cuna sólo podía llevar a degradarla cada vez más. Naturalmente, él tenía sus propios vicios bajos, su lenguaje vulgar para explicarlos, y la joven ama parecía encontrar un deleite especial en oírle contar una y otra vez sus actos de vileza sensual, sus proezas libertinas y disolutas.

El delito incestuoso del que la princesa había sido testigo, si no partícipe, fue repetido. Vávvara (si hemos de dar crédito a su diario), especialmente en los momentos en que estaba imposibilitada de entregarse a una gratificación más personal, se entretenía instigando y supervisando los actos más desenfrenados de lascivia entre hermano y hermana. Proscovia, una muchacha bonita, traviesa y sin principios, enseñada a confiar ante todo en su joven ama, si bien reacia al principio, poco después se prestaba a los abrazos concupiscentes de su hermano con evidente satisfacción. Así, apenas pasaba una semana sin que los hermanos se entregaran desnudos a la máxima lascivia en presencia y con el estímulo de la princesa, que contemplaba con ojos glotones sus sucios goces, e incluso incrementaba -mediante sus sugerencias y manipulaciones libidinosas- su ya excitada lubricidad.

La princesa describe así su experiencia con estos dos compañeros secretos de orgías:
< Cuando empecé a desvestir a Iván, su hermano, a cierta distancia, se despojaba lentamente de su ropa. A medida que cada prenda era quitada o dejada caer, noté con deleite el efecto que ejercía en el hermano. Yo misma me ocupaba de que su excitación no languidciera. Abrí sus ropas, él se las quitaba, y lentamente fui mostrando a la mirada de su hermana Proscovia su enorme *** en vio lenta erección, y el entusiasta aprecio de los placeres por venir. La chica fijó sus ojos en ella, con la boca abierta, el aliento caliente, la respiración dificultosa, las mejillas ruborizadas de deseo. Entonces, desnuda incluso de las medias y los zapatos, se alzó como una diana bien dispuesta para la inmensa jabalina de dura carne que la amenazaba. En actitud voluptuosa, expuso ante el hermano toda su desnudez. El rizado vello negro que cubría abundantemente su almeja se abrió suavemente, y quedó a la vista la raja enrojecida. Con suaves movimientos ondulatorios de su bajo vientre, Proscovia lo invitó al ataque. Iván se regalaba los ojos en todo lo que veía, mientras yo excitaba entre mis manos su columna, la frotaba lentamente arriba y abajo, hasta que el pellejo flojo se negó a seguir cubriendo la hinchada cabeza. Los ojos de Iván centelleaban lujuriosos, sus caderas se movían sensibles, amistosas. Lo empujé hacia delante; Proscovia, suspirando, cayó boca abajo sobre el diván; él la montó y yo, separando los vellones con mi propia mano, guié la enorme y empinada *** del macho en la grieta húmeda. Sus robustos empellones hicieron el resto; contemplé la rígida verga de carne brillante cuando entró en el cuerpo de la hermana y desapareció hasta el fondo. Apretándola entre sus brazos, él empujó y, con golpes regulares que hicieron retumbar la cámara, apuró el placer hasta que finalmente se separó de los brazos de Proscovia, con la *** chorreante de semen.

Fue en una de esas ocasiones, en que por la menstruación yo no podía gozar de él de la manera corriente, cuando me encontré entretenida con su vara larga, moldeándola,

jugueteando y besando la ciruela. Abriendo mis labios acariciantes, la dejé entrar: él hizo en mi boca los mismos movimientos con que estaba acostumbrado a deleitarse en otro agujero de mi cuerpo. El deseo superó cualquier otra sensación en mí; yo ansiaba gozar y era consciente de mi imposibilidad de hacerlo como de costumbre. Lo estimulé, sustentando la firme columna por su base. De vez en cuando le interrumpía... y yo sabía muy bien por qué. Sus movimientos me excitaban y, aunque el tamaño de su *** me incomodaba, me deleité en el sabor de sus partes. La intrusa estaba cada vez más caliente, más dura... y me abandoné a mi fogosidad. Iván trató de salirse y yo lo hice entrar más. Entonces ocurrió y no puede decirse que la culpa fuera suya; lo sentí ceñirse a mí y súbitamente mi boca estuvo llena, lo oí jadear, parecía caer de él un diluvio, espeso y pegajoso, que me pareció un manjar, y lo dejé alcanzar el paroxismo en que estaba. A partir de ese momento fui una devota de su pasión».

Tercera parte

La princesa Vávvara se vio entonces lanzada por sus propios actos a una conducta que no dejaría de proporcionarle una sensación de peligro e incertidumbre, y en breve comprendió los riesgos que corría. Su padre, el príncipe, era un hombre de riguroso decoro, aunque no de costumbres austeras, y pese a que brindaba un amplio abanico de comportamientos a sus huéspedes en las frivolidades de las suntuosas invitaciones al palacio, tenía una idea rígida de la dignidad y posición de su familia, y habría preferido sacrificar su vida antes de que su nombre pudiera merecer el menor reproche. Por eso puede parecer curioso que su hija escogiera voluntariamente comprometerse en una aventura que implicaba semejante peligro. Como la mayoría de las personas obstinadas, ella apenas tuvo en cuenta los corolarios ni las singulares complicaciones que estaban a punto de surgir. Había dado rienda suelta a su ardiente naturaleza y había permitido que sus desbocadas pasiones se desmandaran sin detenerse a pensar en las consecuencias. Había echado a rodar la piedra que avanzaba chocando de roca en roca; ahora ella era impotente para contener su impulso creciente y sólo podía, ¡ay!, observar su trayectoria impetuosa.

Una breve relación con Iván fue suficiente para desilusionarla de los encantos de la sociedad a la que pertenecía el mujik. La intimidad con la joven princesa fue algo por sí mismo excesivo para que la índole estúpida y brutal de Iván lo ocultara, no sin engendrar una dosis de vanidad que empezó a manar por todos los poros de su gruesa piel. Pero el mujik tenía un vicio peor que el de la vanidad: era adicto a ocasionales ataques de embriaguez, y la cantidad de vodka que en esas ocasiones ingería habría sido más que suficiente para una docena de franceses. El lugar preferido para entregarse a la bebida, y al mismo tiempo reunir a su alrededor a una selección de espíritus escogidos de la aldea, era la kabak, o taberna, atendida por un gigantón que respondía al nombre de Petrushka, un individuo de metro noventa y ocho con las botas de tacones bajos, cuyas proezas en la lucha eran tema de admiración en el campo de los alrededores. Sentado junto al fuego de grandes troncos, con las enormes palmas de las manos sustentando su cabeza brutal, Iván charlaba y jugaba a las cartas horas seguidas hasta que, con frecuencia demasiado borracho para encontrar el camino, iba haciendo eses hasta su cama, en la choza contigua al establo en el que guardaba sus caballos.

En esa época Petrushka empezó a notar la forma pródiga en que Iván gastaba su dinero, en que pagaba generosamente las bebidas servidas a sus tertulios, y también la naturaleza jactanciosa de su conversación. Los demás gastaban chanzas al mujik sobre su bolsa llena; él respondía que su hermana gozaba del favor de su ama rica y poderosa, que la princesa daba abundante dinero a su criada y que él, su hermano, se beneficiaba de ello. Esta explicación era suficiente para satisfacer a sus amigos, entre los cuales -gracias a la generosidad de la princesa- fue convirtiéndose rápidamente en un héroe. A las mentes rústicas no les interesaba molestarse en ahondar: Iván les había advertido que, si hablaban del tema, su hermana podía verse envuelta en dificultades y el resultado sería el fin de las orgías alcohólicas, pues se acabarían las invitaciones a su costa. De modo que a sus compañeros les bastaba con

aceptar la parte que les correspondía sin abrir la boca al respecto fuera de las puertas de la kabak

Pero las entrevistas repetidas día a día con su joven amante y los voluptuosos entretenimientos que ella le proporcionaba, empezaron a desmoralizarlo; al mismo tiempo la princesa, que no tardó en descubrir las irregularidades del mujik, comenzó a concebir una repugnancia que nada, salvo las habilidades físicas del hombre al principio de la relación, le permitió ignorar. Él era un animal espléndido y eso era todo lo que ella necesitaba; las incongruencias de su naturaleza vulgar y su grosera persona eran cuestiones que le atraían, por la ley de ese espíritu contradictorio que tan a menudo induce al elegante y refinado a asociarse con sus opuestos. Pero la princesa también empezó a notar que había peligro en el futuro y que ese hombre involucraría su nombre en la vergüenza y en la desgracia. En vano mencionó sus temores a la criada: la joven y astuta Proscovia, cuya capacidad de comprensión era escasa y apenas tenía imaginación, no podía entender esas dificultades y sólo veía en el presente un período de placer muy agradable y voluptuoso para su ama y para ella misma.

Entretanto, las cosas iban de mal en peor. En sus horas de intemperancia, Iván empezó a soltar insinuaciones de que un gran personaje le concedía sus favores. Llegó tan lejos como para dar a entender que dicho personaje no era otro que la princesa. No obstante, esto era demasiado para que sus amigos lo creyeran, y simplemente se burlaron de él, comentando que Iván estaba perdiendo la cabeza, que la bebida hacía de él un idiota, y se divertieron con nuevas chanzas a sus expensas. Pero esta convicción no impedía que de vez en cuando sonsacaran a Iván sobre la gran dignataria que lo protegía y que, a través de su hermana, ofrecía medios tan pródigos para su delectación. En estas juergas de medianoche, cuando el vodka había comenzado a hacer su efecto y todos estaban alegres, diversas eran las bromas que le dirigían al brutal Iván.

Una noche en que Iván y sus escogidos, siete en total contando a Petrushka -el luchador, que también era propietario de la kabak-, habían iniciado la jarana nocturna, como de costumbre a su costa, la conversación recayó en la insólita generosidad del que invitaba, y en el extraordinario favor en que lo tenía la princesa Vávava, convirtiéndose éste en el tema de la habitual diversión.

Iván, muy adelantado en copas respecto a sus compañeros, se puso furioso, dio un puñetazo en la tosca mesa con un golpe capaz de derribar a un buey, y exclamó:
-Reíd tanto como queráis, hermanos, pero os aseguro que si quisiera podría demostrar lo que digo. ¿Qué opináis de esto?

Iván sacó un billete de veinticinco rublos de un bolsillo grasiento y lo mostró en ademán triunfal ante los ojos de sus atónitos compañeros. Todos contuvieron el aliento al ver el billete, e Iván prosiguió:

-¿Queréis que os muestre otro? -Sin esperar respuesta, sacó otro billete del mismo valor.

-¡Que todos los santos nos protejan! -exclamaron los invitados.

--Iván, eres un hechicero... Es el mismísimo demonio quien te da el dinero... Tienes que ser un hombre muy perverso.

-Que el dinero provenga del diablo o de la princesa, ¿qué te importa a ti, durak? Os digo que lo tengo en abundancia y no me dan miedo vuestras sospechas, pues no conozco otro diablo que aquella que me dio este dinero, y puedo mostraros quinientos rublos tan fácilmente como estos dos billetes... sólo tengo que ir a buscarlos.

Petrushka levantó la vista y las manos, maravillado, estupefacto.

-¡Quinientos rublos! --exclamó-. Vaya, este Iván es el demonio en persona.

Todos se sumaron a una carcajada campechana, mientras se miraban entre sí para encubrir cierta sensación de desasosiego que empezó a afectarlos ante tan sorprendente despliegue de riquezas y audacias.

Mientras, el vodka seguía desapareciendo por el colete del estúpido y vanaglorioso Iván, cada vez más entusiasmado por la hilaridad de sus amigos.

-Oídmelo bien -dijo, al tiempo que daba sobre la mesa otro golpe furioso que hizo tintinear los vasos-, decís que es el diablo quien me da el dinero, y yo digo que es nuestra joven princesa Vávava. Sea demonio o princesa, ¿quién apuesta conmigo cinco rublos a que traigo aquí al dador en el plazo de una hora para que beba entre nosotros?

-Yo, sin vacilaciones --gritó el luchador y rió entre dientes al pensar que había llevado al jactancioso Iván a una trampa-; pon el dinero, hermano, y trae al diablo, o a tu princesa; si resulta ser el ángel de las tinieblas propiamente dicho, lo encenderemos alegremente con estos troncos ardientes, y si resulta ser tu princesa quien viene a beber con nosotros, no nos detendremos ahí, sino que nos daremos otros gustos. ¿Qué decís, amigos?

Gritos y vítores recibieron este truculento discurso, pues naturalmente nadie había creído una sola palabra de las jactancias de Iván, y se cercioraron de que la puerta estaba cerrada y con la tranca antes de aventurarse a confirmar la audaz decisión a la que habían arribado en caso de que el visitante fuese no sólo una mujer, sino su princesa.

-Trato hecho -dijo Iván mientras se levantaba.

El dueño de la kabak dejó su billete de cinco rublos en la mesa y el mujik se caló el sombrero, dispuesto a salir.

--Cuidaos de emborracharos antes de mi regreso --dijo, con la mano apoyada en la cerradura de la puerta-. Dejad todos vuestros vasos donde están hasta mi vuelta, y entonces veréis si digo o no la verdad.

Dicho esto, Iván los dejó para que reflexionaran a su gusto sobre lo que acababa de ocurrir. El aire libre aumentó el efecto de sus libaciones, y avanzó con pasos no del todo seguros hacia los aposentos de la princesa. Con manos más inseguras aún, hizo la señal secreta que siempre le servía para llamar a su hermana Proscovia. Preguntándose qué podía ocurrir, pues ya eran más de las once y la joven princesa se había acostado, Proscovia bajó deprisa y con cautela para hacer pasar a su hermano.

Un simple vistazo fue suficiente para que Proscovia comprendiera: Iván tenía la voz pastosa, alta y truculenta, trataba de mantener el equilibrio con dificultad contra la jamba de la puerta mientras hablaba. En respuesta a las asustadas preguntas de su hermana, le habló de la apuesta que había hecho y de cómo estaban las cosas en la kabak.

-¿Te has vuelto loco? -preguntó Proscovia horrorizada.

No estoy loco en absoluto -replicó el hermano, mirándola estúpidamente a la cara-, todo lo que digo es cierto; no te quedes ahí parada como una tonta. Entra y dile a tu ama que yo digo que debe bajar de inmediato.

Proscovia estaba en un tris de desmayarse de terror, pero al percibir la determinación de su hermano y temiendo que éste levantara aún más la voz y alertara a toda la casa, le pidió que esperara en la oscuridad de la antecámara mientras ella transmitía el mensaje a su ama.

Una vez despierta, la princesa Vávvara se percató de la grave situación en que se encontraba, y su capacidad de resolución -al principio terriblemente perturbada- acudió en su auxilio; con la ferviente decisión, que era una característica de su carácter, tomó sus medidas en ese mismo momento. Tras calcular el alcance exacto de la exigencia de Iván, el número y la calidad de sus invitados y el lugar de reunión, se levantó y, mientras se cubría con la robe de chambre, dijo a su criada:

-Dile a Iván que me espere unos minutos y que puede darse por satisfecho. Lo acompañaré y ganará la apuesta.

Unos meses atrás se había desatado una grave epidemia de cólera en las inmediaciones, y la princesa, como buena samaritana, había proporcionado medicinas a los pobres siervos de los alrededores; disponía de una abundante reserva de medicamentos con este propósito. Fue directamente al botiquín, donde eligió una gran botella casi llena de coñac muy fuerte y un frasco de láudano; mezcló ambos en cantidades iguales y puso la nueva botella en un pequeño cesto. Luego indicó a Proscovia que se preparara para acompañarla; la princesa se atavió a su gusto y se echó sobre los hombros una inmensa capa de pieles que la cubría desde la parte alta de su hermosa cabeza, bajo cuya capucha quedaba oculta, hasta los talones, rodeados con las botas más abrigadas y forradas en pieles de carnero, confeccionadas como medias y sin suelas, para poder andar fácilmente por los yermos nevados. Proscovia ya estaba lista; bajaron juntas y vieron a Iván esperando ante la puerta, radiante tras haber alcanzado tan fácilmente el éxito.

-Como ves, Iván, basta con que tú ordenes para que yo obedezca -dijo la princesa mientras lo cogía de la mano y atraía el enorme puño del mujik hacia el interior de las abrigadas pieles que tan bien la protegían de las inclemencias del invierno ruso.

Iván tartamudeó su satisfacción, y su amante agregó, al tiempo que le alcanzaba la botella de coñac:

-Antes de empezar, como la noche está muy fría y la nieve cae muy espesa, será mejor que eches un trago.

Iván no necesitó que la princesa insistiera en su invitación y ésta le sirvió un vaso del potente contenido.

Entonces los tres salieron a la noche oscura, cada uno enfrascado en sus meditaciones, y en silencio: la princesa, activa y resuelta; Proscovia titubeante y casi encogida de terror; el borracho Iván, todavía más estúpido y abyecto por la dosis adicional que acababa de beber, desafiantemente triunfal, abriéndose paso sin ruido a través de la nieve recién caída, en la inerte soledad de la noche callada e inclemente.

Ni un solo pensamiento escrupuloso o vacilante pasó por la cabeza de la princesa Vávara; por el contrario, su rostro brillaba en la nieve con un fuego que, de haber sido visto, habría convencido al más descreído de su temperamento fuerte y valiente. Algo más que una actitud decidida centelleaba en su mirada apasionada, cuando rodeó un recodo y vio las ventanas iluminadas de la kabak.

Con dificultad, las dos mujeres condujeron al borracho Iván hasta la puerta y llamaron. Una vez abierta la puerta de la taberna, entraron. Obedeciendo a una señal de su ama, Proscovia, algo recuperada de sus temores y casi tranquilizada por el porte decidido de la princesa, cerró la puerta y atravesó la pesada barra de madera.

Entonces Iván, tambaleándose, se apoyó en la mesa e hizo un vano intento por reclamar su apuesta; demasiado borracho para ser inteligible, paseó estúpidamente la mirada a su alrededor y se desplomó en el suelo, en estado de letargo.

El primer impulso de los presentes en la kabak cuando la princesa abrió la capucha y dejó al descubierto sus encantadoras facciones, fue arrojarle a sus pies, como suelen hacer los siervos rusos ante sus nobles, pero un majestuoso ademán de Vávara los paró en seco.

-No os mováis, amigos míos --exclamó-. He venido a beber con vosotros -gritó, sosteniendo en alto la botella que contenía coñac-, esto es mejor que vuestro vodka. ¿Quién quiere acompañarme con un trago?

Todos, tras intercambiar tímidas miradas en busca de apoyo y aprobación mutua, siguieron el ejemplo de Petrushka y levantaron sus vasos hacia la tentadora botella... todos salvo el desgraciado Iván, que yacía impotente debajo de la mesa.

-No os imagináis, amigos míos, cuánto os quiero -continuó la joven princesa mientras llenaba los vasos con su propia mano-. Me habéis mandado llamar y aquí estoy; en cuanto a Iván, lamento que no esté en condiciones de sumarse a nosotros, pero a pesar de ello, queridos míos, no echaremos mucho de menos su compañía.

Ante tan airoso discurso, los seis mujiks levantaron sus vasos y; al encontrar de su agrado el alcohol que contenían, los apuraron en honor de tan noble visitante. Poco a poco, mientras la princesa sonreía y hablaba, fueron acostumbrándose a su presencia y perdiendo la timidez natural dadas las circunstancias.

-Sé muy bien; hermanos míos, que sois hombres y por tanto buena compañía para una chica bonita, sea ella de alta o baja alcurnia; también sé que os habéis prometido algún placer en caso de que el visitante no fuese el demonio propiamente dicho. -Vávara

bajó un poco las pieles en que iba envuelta, dejando a la vista sus hombros delicados y el exquisito contorno de su cuello-. Decidme si soy el diablo que esperabais. ¿O acaso teméis contemplar mis encantos?

La respuesta fue un grito de admiración generalizado. Los mujiks se reunieron a su alrededor, aunque a respetuosa distancia. Empezaban a sentirse cada vez más a sus anchas y a preguntarse qué ocurriría a continuación.

Entretanto, algo que se abrió paso en la mente de la princesa Vávvara hizo ruborizar su bello rostro, sus ojos brillaron con un resplandor intenso y apasionado, su pecho comenzó a subir y bajar con la intensidad de sus emociones. El efecto de su hermosura, lo caldeado de la estancia, lo tardío de la hora, todo contribuyó al extraño efecto que la escena estaba produciendo en los reunidos. El coñac inflamó su sangre y envalentonó a los menos audaces.

-He venido a vosotros porque me mandasteis buscar; mi leal Iván me habló de vuestra apuesta y de vuestras amenazas. Ahora que nos hemos comprendido -dijo la encantadora jovencita-, despojaos de esas vestimentas grasientas, acercaos, y seamos todos amigos.

Vávvara se sentó en medio de ellos, envuelta en sus pieles; rió con ellos sobre temas que pudieran entender y que estimularan su alegría. Les habló de pasión, de amor, de goce sin frenos, en su propio dialecto de la lengua rusa; los volvió más locos de deseo de lo que ya estaban con sus libaciones.

Les recordó ingeniosamente los deleites del placer sexual y estimuló con sonrisas sus miradas libidinosas.

A fin de incrementar el efecto de sus palabras ardientes, la beldad dejó caer las pesadas pieles que todavía velaban su figura, de tal modo que quedó a la vista su cuerpo exquisito hasta la cintura, sólo cubierto con muselinas transparentes. Acomodó su brillante cabellera, que bajó en rica cascada por su cuello y su espalda.

La condescendencia de la princesa consiguió poner cómodos a los mujiks. Las pasiones del campesino ruso son muy bestiales, y en la época en que escribe la princesa éstos estaban apenas un peldaño por encima de los animales; seguían los dictados de sus apetitos, sólo controlados por la voluntad de sus amos y señores, cuyos ejemplos indudablemente no servían para inculcarles respeto por la virtud o por la simple decencia.

A medida que recuperaban la confianza en sí mismos, sus instintos volvieron a abrasarlos ante las palabras imprecisas de la joven ama. La referencia de ella a la amenaza del tratamiento que darían al visitante, mientras en sus labios jugueteaba una sonrisa, dio vuelo a la imaginación de los hombres y todas sus ideas avanzaron hacia el único sujeto de placer. Al encontrarla dispuesta a desvelarse ante ellos, al tiempo que el calor de la taberna se volvía opresivo, todos y cada uno empezaron a despojarse de las pieles de camero, que depositaron en un montón sobre el suelo, mientras la princesa los instaba a ponerse cómodos en su presencia. La hermosura de los encantos

que ella desplegaba azuzaron sus inclinaciones libidinosas, que sólo necesitaban una chispa para encenderse en llamas.

Petrushka exhibió sus miembros musculosos y empezó a alabar abiertamente la hermosura de la princesa. Esos hombres estaban entre los de mejor planta de la aldea, pues Iván, amigo de las proezas de la fuerza, gustaba de reunir a su alrededor a los espíritus afines. Los mujiks empezaron a rodear a Vávvara, a dedicar miradas significativas hacia la puerta atrancada y a observarse entre sí. Proscovia se había acurrucado cerca de la entrada, en modo alguno recuperada de su terror, y ahora estaba aovillada, inadvertida, en un rincón. El único foco de atracción era la prodigiosa princesa. Ahora una parte de la abertura de su manto de pieles se deslizó de costado y por allí asomaron sus blancos senos. Los ojos de los hombres ardían de deseo, sus palabras empezaron a perder no sólo los términos habituales de respeto, sino incluso los del pudor.

Por último la princesa, adelantando un brazo y empujando hacia atrás al descarado Petrushka, se irguió ante los mujiks y, abriendo su gran manto de elegantes pieles, lo alzó con los brazos extendidos y expuso a los atónitos contempladores todo el encanto de su cuerpo casi desnudo. Un rugido de admiración y deseo a medias contenido surgió de entre los hombres; todos trataron de cogerla, pero ella los alejó con un ademán. Petrushka perdió toda prudencia y, casi desnudo como estaba, sus atributos quedaron de relieve. Erecto e inflamado con la intensidad de sus deseos, y de proporciones más terribles aún que las del bien dotado Iván, expuso un gigantesco miembro ante los ojos de la princesa.

-¡Petrushka, tú sí que eres todo un hombre! ¡Eres digno de la admiración de una mujer, sea ella quien sea! Conozco bien vuestras pasiones... y sé que sólo sois hombres.

Recorrió la taberna con la mirada; entonces todos los presentes, igualmente excitados, se encontraban en el mismo estado de indecencia. La princesa se encontró rodeada de seis desgraciados impacientes, cuyos miembros empinados estaban insolentemente expuestos, estallantes de lascivia, al tiempo que sus cuerpos estaban despojados incluso de las prendas imprescindibles en nombre de la decencia. Formaban un corro alrededor de ella, con los miembros extendidos, evidenciando la plenitud de sus apetitos y su virilidad.

Para Vávvara, contemplarlos fue excesivo. Mientras observaba las proporciones desnudas de los rústicos, sus labios se abrieron con palabras murmuradas de significado concupiscente, el aliento caliente de la avidez desenfadada se elevaba trémulo de su pecho jadeante. Tenía las fosas nasales dilatadas y las mejillas arrebatadas. Su cuerpo, rindiéndose más al impulso incontrolable que la consumía que a una voluntad propia, vibraba hacia delante y atrás; sus suaves muslos blancos se abrieron en un movimiento de deseo instintivo, su vientre se vio proyectado hacia los acompañantes, su hermosa cabeza cayó hacia atrás, sus ojos centellearon en la languidez de una voluptuosa excitación.

Vávvara estaba a punto de caer; la cogieron con sus bastas garras y, arrancándole las vestiduras transparentes, depositaron besos calientes en su carne desnuda.

Allí, en la kabak -Iván borracho perdido bajo la mesa y Proscovia acobardada en un banco junto a la puerta-, uno tras otro la poseyeron, penetrando por la fuerza su deliciosa persona, deleitándose con sus encantos, regocijándose el alma en el paroxismo del placer, apenas soportando la espera para caer sobre su cuerpo.

El primero fue Petrushka, el luchador. Mientras él la ceñía, con el miembro enorme erecto, rojo y amenazante en el frente, la princesa abrió los brazos y lo cubrió con su enorme capa. Con los cuerpos fuertemente enlazados, cayeron sobre la pila de ropa del suelo de madera; desde el exterior no eran visibles las formas de los combatientes, pero el sonido de besos feroces, de labios pegados a labios, los movimientos desenfrenados, los resuellos y murmullos del dueño de la kabak -en la búsqueda del placer y la gratificación de la lujuria- manifestaban la lucha que tenía lugar dentro. Entretanto, las vivaces quejas de la víctima, físicamente imposibilitada de satisfacer al monstruo brutal que cubría su cuerpo, evidenciaban las dificultades de la empresa.

Por último un grito apenas sofocado de la princesa anunció su penetración y su derrota. Un rugido de satisfacción, seguido al instante por rápidos movimientos de empuje, proclamó igualmente el logro del mujik. Los gritos de Petrushka indicaban que había abierto las partes delicadas de la princesa y que ahora su verga palpitaba en el interior de ese cuerpo candente.

Poco después, surgida de la capa envolvente, apareció la cabeza de la princesa, rodando de un lado a otro; los dientes apretados, los ojos entornados en una mueca de dolor y placer, la cara distorsionada por un horrible éxtasis espasmódico de voluptuosidad. Los movimientos se acentuaron, los gritos se agudizaron, los sonidos inarticulados se volvieron más bestiales. Finalmente los dos salieron rodando de los pliegues de la capa, la princesa de espaldas y el luchador encima, hundiendo con feroces acometidas sus caderas vigorosas, enlazados, coyuntados, retorciéndose en los espasmos finales de la cópula.

En cuanto Petrushka apaciguó su pasión y en chorros copiosos eyaculó su semen en la persona del ama, los demás lo arrancaron del cuerpo de ella, y el segundo, apenas una pizca menos formidable, se arrojó sobre la princesa, y con un miembro tenso como una barra de hierro, repitió el lúbrico ataque. Su placer fue breve, pues apenas completó la penetración sucumbió a la embriaguez de tanto deleite, alcanzó el clímax y descargó. El tercero ocupó su lugar, y una violenta lucha volvió a anunciar los éxtasis en que ambos se revolcaban. El cuarto, el quinto y el sexto continuaron el brutal entretenimiento, y por fin, inundada con las pruebas del vigor de los mujiks, la princesa fue ayudada a ponerse en pie en un estado próximo a la postración, tras haberse visto acosada y apretada casi hasta más allá de lo que era capaz de soportar, por el peso de sus cuerpos, sacudida y retorcida por la violencia de tan espasmódicos entrelazamientos.

Un breve intervalo permitió a Vávvara recuperar el control de sí misma, y con desesperada resolución invocó toda su energía en su auxilio. No estaban ausentes algunas señales de que aún no se encontraban tranquilos los agresores. El implacable

Petrushka, cuya pasión había sido en parte aliviada pero no extinguida, se acaloró de nuevo a la vista de los deleites de sus camaradas y empezó a solicitarla otra vez.

-Tranquilos, amigos míos -gritó la joven-. Antes de recomenzar vuestros placeres, permitidme al menos respirar un rato. Brindemos nuevamente.

Mientras decía estas palabras, la princesa se llevó la botella de coñac a los labios y bebió una pequeña porción del contenido; luego se levantó las pesadas pieles -al tiempo que Proscovia juntaba coraje suficiente para ayudarla- y gritó, mientras llenaba los vasos de los mujiks:

-¡Por Venus y por el amor!

Los hombres bebieron, soltando cada uno alguna observación en reconocimiento de la belleza y condescendencia de la princesa, tras lo cual ocuparon diversos asientos; la hilaridad cesó, la energía los abandonó y uno tras otro se desplomaron, oprimidos por un pesado letargo, en el suelo, inmóviles como muertos.

Vávvara había cambiado hábilmente la botella.

La princesa se volvió hacia su criada y le ordenó que abriera inmediatamente la puerta y la siguiera. Rodeó la kabak hasta el lado en que se almacenaba la leña, cogió un montón de troncos e indicó a Proscovia que hiciera lo mismo. Del mismo depósito sacó rápidamente los haces con que se encendían los grandes fuegos. Apiló deprisa los haces en el centro de la taberna, arrojó encima la mesa y los bancos, y cogiendo los troncos a medias consumidos del hogar, los puso debajo. En unos segundos se inició un incendio. La princesa retrocedió a toda prisa, seguida por Proscovia, y, una vez cerciorada de su éxito, cerró la entrada dejando encerrados a los mujiks, y después de echar el cerrojo por el exterior arrojó la llave por debajo de la rugosa puerta de madera. Las dos mujeres corrieron bajo un espeso manto de nieve al palacio.

Apenas la princesa alcanzó la intimidad de sus aposentos y se acercó a la ventana para descorrer los pesados cortinajes, se disparó hacia el cielo un sensacional resplandor desde la kabak. La paja se había incendiado y el lugar que poco antes había sido escenario de una atroz lascivia era ahora una hirviente masa de humo y llamas. La aldea dormía profundamente mientras el incendio aullaba más alto y brillante, pues el frío inducía a sus habitantes a abrigarse en sus pieles y mantas. No obstante, por último la princesa oyó el sonido de la campana de alarma en medio de la noche helada, haciendo sonar una y otra vez sus notas de estremecedora advertencia, apremiando a todos a sumarse al salvamento, y ahora se oían también los gritos de los adormilados campesinos en los intervalos de las atormentadoras llamadas.

Pero era demasiado tarde: ante los ojos de Vávvara surgió un enorme volumen de llamas, mientras una lluvia de chispas rojas volaba de un lado a otro: el techo de la kabak se había derrumbado.

Cuarta parte

El día siguiente al incendio de la kabak y la consecuente pérdida de siete vidas -porque sólo se recuperaron huesos ennegrecidos-, se produjo una terrible conmoción en la aldea y las vecindades. Los desdichados mujiks habían dejado viudas e hijos, a quienes la calamidad puso bajo la merced y la protección del príncipe, su amo. El potentado lloró la pérdida de tantos siervos, todos fuertes y activos, y muchas fueron las imprecaciones que lanzó contra el ponzoñoso vodka y los hábitos inmoderados de los campesinos. Jamás la menor duda se insinuó en las mentes de la población en cuanto a la causa del desastre. ¿Acaso los mujiks no estaban acostumbrados a reunirse en la kabak de Petrushka para chismorrear y jugar y beber juntos? Por supuesto, estaba claro que para mayor seguridad contra una intrusión repentina por parte del chastnoi priestov, o superintendente de la policía, habían cerrado la puerta con llave. Esto era del todo evidente: ¿acaso no se había encontrado la llave, calentada casi hasta ser irreconocible, entre las cenizas del interior? Después, como estaban demasiado borrachos y el fuego que habían encendido se comunicó sin duda al suelo, los desgraciados no tuvieron tiempo de encontrar la llave -si es que tuvieron tiempo de buscarla-, y toda la kabak había ardiendo en una llamarada. Esta explicación era tan obvia para todos que a nadie se le ocurrió pensar en otra posibilidad. La verdad estaba condenada a permanecer en secreto durante muchísimos años, hasta que esa generación, y la siguiente, y la que siguió a ésta, desaparecieron; y sólo como material de interés histórico y literario apareció tardíamente, por fin, en medio de una pila polvorienta de papeles oficiales, y la conocieron unos pocos seres selectos.

Durante unos días la culpable princesa y su criada permanecieron muy calladas, observando con prudencia el curso de los acontecimientos, hasta comprobar que no existía la menor sospecha de sus actos. Entretanto Proscovia, aunque poco le importaba el destino del bribón de su hermano, sentía una pesada carga de remordimientos, y la princesa necesitó una gran dosis de persuasión para tranquilizar a su doncella.

El tiempo, sin embargo, opera maravillas, y entre otros beneficios confiere gradualmente cierta seguridad, aun en las circunstancias más penosas. Por ende, el tiempo proporcionó a las culpables una renovación de sus ocupaciones habituales; la princesa, sin embargo, registra el hecho de haber echado de menos las gratificaciones recibidas anteriormente en los brazos de su amante campesino. Ni la princesa ni su criada dudaron nunca de que Iván tenía bien merecido su destino, y es evidente que el mujik era, en el mejor de los casos, un tonto.

Ya hemos visto que la protagonista de estas páginas no era, en modo alguno, una mujer corriente. A los gloriosos encantos de su persona, sumaba una voluntad poderosa y una determinación que habría sido reconocida con más facilidad en el sexo opuesto. Criada en el desconocimiento de toda ley salvo la voluntad de su padre, y más adelante en el establecimiento -no limitado por el control de aquél- de una independencia propia, todos sus pensamientos y sentimientos se liberaron del nivel común de la mente femenina. La libertad sin frenos expandió sus inclinaciones

audaces, y sus escapadas llevaban consigo la convicción de que ella misma debía salvaguardarse de sus consecuencias. Así adquirió la princesa Vávvara una dosis extraordinaria de seguridad en sí misma, y la mentalidad simple de la criada se prestó a la poderosa organización de su ama con una sumisión perfectamente pueril.

Las consecuencias adversas de su amor -si así puede llamarse- con el brutal y traicionero Iván volvieron más cauta a la joven princesa; no se trata de que reformara su vida -todo lo contrario-, pero ello le demostró la necesidad de protegerse, en el futuro, de semejantes contratiempos.

Por fortuna para ella, se estaba organizando una gran fiesta en el palacio del príncipe gobernador Demetri, su padre. Las festividades durarían una semana entera, acudirían huéspedes de toda la provincia; para cada día habría un plan de diversiones, y las cacerías, el patinaje, etcétera, formarían parte, naturalmente, de las distracciones.

Todas las noches se celebraría un gran baile, y dado que se habría invitado a más de doscientas personas, no resulta difícil imaginar la brillantez de la reunión, compuesta, por necesidad, por la élite de la provincia que gobernaba el príncipe Demetri.

A medida que se aproximaba el período festivo, nadie escatimó esfuerzos para lograr que la atractiva celebración fuese digna de un gobernador tan rico y distinguido. La princesa -a quien su padre idolatraba- había saqueado medio San Petersburgo en busca de trajes y disfraces. Por fin llegó el día, y con él los invitados, que contemplaron pasmados a nuestra protagonista, cuya belleza y encanto solían encontrarse raramente en aquella corte de mujeres hermosas y caballeros galantes.

La princesa Vávvara era inconmensurablemente bella, sin la menor duda, y hasta las mujeres reconocieron que no tenía igual. Ataviada con un delicioso vestido de baile de suntuoso raso blanco, sobre el que caía un gracioso adorno de tules y encajes, con el cuello, los hombros y los brazos desnudos, Vávvara fue la admiración de todos los hombres y la envidia de todas las mujeres. Acosada por los cuatro costados con solicitudes para bailar, no tuvo un solo instante de descanso, pero tanta danza, a la que se entregaba apasionadamente, le calentó la sangre e inflamó sus vagos deseos. Por fin la música cesó un momento y la princesa se apresuró a aprovechar la pausa, deslizándose del salón de baile y avanzando por el pasillo hacia un rincón remoto en el que gozar de un respiro.

Al pasar rápidamente por los pasillos, cerrados a los invitados pero viejos conocidos de ella, la princesa, acalorada por el vals y todavía casi sin aliento por el ejercicio, tropezó con uno de los pajes, su favorito. El muchacho, que sólo tenía dieciocho años, había concebido una violenta pasión por su joven ama, pasión de la, que ella era perfectamente consciente, pero a la que hasta entonces sólo le había otorgado el estímulo de una sonrisa. En el choque que tuvo lugar, el joven, tras recuperarse de la fuerte colisión, no pudo menos que pedirle mil perdones por su negligencia, disculpas que la princesa escuchó con expresión graciosa.

-Tontorrón, no te asustes tanto, no me has hecho daño y sabes muy bien que fue un accidente -dijo Vávvara, dedicándole una amable mirada de sus ojos brillantes, cuyo

significado él no se atrevió a desentrañar-. Dame la mano. ¡Muy bien! Ahora seguiremos avanzando juntos y así podremos evitar cualquier otro accidente.

El lugar era silencioso; apartado del estrépito de la fiesta. Vávvara apoyó su suave mano enguantada en la palma de él y le dejó ocupar la delantera.

El joven paje, un apuesto muchacho rubio de buena cuna y buenas maneras, mostró síntomas evidentes de turbación. Era la primera vez que esa delicada mano, que tan a menudo había admirado y con la que había soñado, tocaba sus dedos, y le tembló todo el cuerpo cuando lo recorrió la sensación de tan delicado contacto. No obstante, la condujo a través de los sombríos pasillos hasta una estancia en la que había un hogar y algunas plantas en enormes tiestos, que daban un agradable verdor para aliviar la perdurable perspectiva de la nieve a través de los ventanales.

Allí de pie, moviendo con descuido su abanico para refrescarse el cuello y la cara, la princesa -con la mano izquierda reposando todavía en la del paje- posó en él sus ojos brillantes como si quisiera atravesarlo con la mirada para conocerlo más a fondo. Fuera cual fuese el resultado de su escrutinio, pareció satisfecha, pues una sonrisa iluminó sus dulces rasgos.

-¡Qué oscuro está esto, Alaska! Sospecho que se preguntarán dónde estoy y pensarán que puedo resfriarme. ¡Qué caliente está tu mano! ¡Tiembles! ¿Qué ocurre, mi pobrecillo?

-No puedo saberlo, Excelencia, siento... no sé qué es, pero... ¡Soy tan feliz!

-¿Esto te hace feliz, Alaska? ¿Tocarme la mano? Vaya, es fácil lograr tu felicidad, ¿no te parece? Me alegra estar en condiciones de proporcionarte tanta dicha a tan bajo coste. Fíjate, no me cuesta nada. --ion una alegre carcajada Vávvara empujó su mano exquisitamente enguantada en el interior de la cálida palma del muchacho y le apretó los dedos mientras lo hacía.

Alaska se estremeció con una repentina sensación de placer, demasiado deliciosa para expresarla en palabras. Inclino la cabeza hasta que sus labios rozaron la pequeña mano de la princesa e imprimió un beso ferviente en el guante.

-Pobrecillo mío -murmuró la princesa-, estás sufriendo y no lo manifiestas. Dime, ¿soy yo la causa de tu desdicha?

El muchacho levantó la mirada: sus ojos de grandes pupilas azules se llenaron de lágrimas al encontrar los de ella, temblaron sus labios, pero no dijo una sola palabra. Vávvara lo observó y comprendió a simple vista qué le ocurría.

-A mí me gusta darte placer y no dolor, Alaska, no debes entristecerte tanto. ¿Por qué no has de estar contento y feliz? Mira -gritó la princesa al tiempo que introducía su pañuelo de encaje en la pechera del chaleco abierto del paje-, te dejaré esto para que lo uses hasta que yo te lo reclame, momento en que espero que me lo devuelvas personalmente... aunque mi pañuelo se encontrara en el otro extremo de Rusia.

-O en el fin del mundo, Excelencia -tartamudeó el apuesto jovencito, y la princesa, sin darle tiempo a agregar nada, le palmeó cariñosamente la mejilla, giró sobre sus talones y salió corriendo en dirección al salón de baile.

En aquellos tiempos los bailes no se celebraban con toda la corrección y decoro de nuestros días. Incluso Catalina había considerado indispensable formular normas y regulaciones a fin de controlar la desatada licencia de su corte y sus subordinados. Todavía hoy puede verse una copia de dichas reglamentaciones en las paredes del Palacio Imperial de Hermitage, donde Catalina ofrecía sus famosas soirées.

< A ningún visitante», decía una de las normas, «se le permitirá emborracharse antes de medianoche.»

«Nadie, por ninguna causa o consideración, pegará a una dama, bajo pena de expulsión.»

Si tales eran las regulaciones preparadas por la mismísima emperatriz, sólo podemos imaginar la total desconsideración que se tenía hacia las convenances de la sociedad, tal como se entienden en estos tiempos.

La princesa Vávvara no había avanzado muchos metros en su camino de regreso, cuando en una alcoba que daba al pasillo, no lejos del salón de baile propiamente dicho, encontró a una pareja de invitados. Su posición no era ni siquiera equívoca; estaban reclinados en un sofá e inmersos en un combate de amor tan desenfrenado que hasta los miembros de la mujer quedaban al descubierto, y su amante, plenamente montado en ella, se ocupaba de administrarle el bálsamo que en tales circunstancias proporciona la naturaleza..

La princesa siguió su camino sin ser vista ni oída. En la entrada del gran salón fue reclamada por su compañero de baile, quien la llevó con expresión triunfal a participar en la danza.

Hacia el final de los entretenimientos de la velada, Vávvara se encontró otra vez en sus aposentos. Por fin se vio libre del tumulto y el ruido. Sin embargo, no pensaba retirarse a dormir de inmediato. Se sentó ante un fuego llameante. Las ventanas de los aposentos del príncipe, enfrente, hacía tiempo que estaban a oscuras y gradualmente fueron apagándose las luces del palacio.

-Proscovia, ve en busca de Alaska, el paje; dile que me traiga el pañuelo de inmediato. Y sin hacer ruido, ¿me entiendes?

La criada sabía a la perfección qué se esperaba de ella. Menos de diez minutos después, apareció el muchacho en el umbral.

---¿Dónde está mi pañuelo, Alaska?

Aquí lo tengo, Excelencia -el joven avanzó, se inclinó reverentemente y tendió a la princesa el pañuelo bordado.

Luego, al ver que ella no hacía ninguna señal, se volvió para irse. La verdad era que la joven princesa rusa había descubierto de repente que su propio corazón experimentaba una misteriosa atracción hacia tan apuesto paje. Perdió la mitad de su osadía habitual, la abrumó una especie de incómoda timidez e incluso temió un desaire cuando algo tardíamente se volvió, lo miró, y bajando la vista dijo:

Espera. Quiero darte las gracias por haberte tomado... haberte tomado... tan gran... interés en mí.

Entonces levantó la mirada y por un momento sus ojos se encontraron.

Ella todavía llevaba puesto su vestido de baile de raso blanco, y ni siquiera se había quitado los suaves guantes de cabritilla. El cuello y los hombros quedaban al descubierto por el corpiño décolleté, que resaltaba todo el encanto de sus contornos juveniles.

El muchacho parecía confundido al ver que su entrañable secreto había sido descubierto; sólo aguardaba el desdeñoso despido que, temía, era el único reconocimiento que obtendría su pasión. No obstante, las palabras de la princesa fueron tan donosas y su suave mirada estaba tan pletórica de misericordia y bondad, que Alaska juntó valor y tras echar una presurosa mirada por encima del hombro, y descubrir que la prudente Proscovia ya no estaba allí, se arrojó a los pies de su ama, ocultó la cara encendida entre las manos, y sólo logró confesar su pasión en un murmullo, y a continuación le pidió perdón.

La princesa pensó que jamás había sido tan feliz; la acometió una nueva y extraña sensación: amaba. Sí, por primera vez en su existencia, con sus tendencias viciosas, sus deseos satisfechos, sus feroces pasiones saciadas, esta mujer se rindió a la emoción universal, y con todo su corazón y toda su alma, volcó la profunda totalidad de su naturaleza realmente afectuosa y amó ardientemente, como sólo ella entre todas las mujeres podía amar, al apuesto paje Alaska.

Poco a poco, y como si le hubiesen quitado un enorme peso del pecho, extendió sus encantadores brazos y, con una suave y dulce emoción hasta entonces desconocida para ella, susurró:

-¡Querido mío! Yo también amo... te amo a ti.

Un instante después el dichoso paje se vio entre los cariñosos brazos de ella, su semblante arrebatado en el pecho blanco como la nieve, los brazos desnudos de ella alrededor de su cuello, los dedos blandamente enguantados jugueteando con sus bucles dorados y la hermosa cabeza de Vávvara inclinada hacia él, que permanecía arrodillado a sus pies y buscaba furtivamente su mirada bondadosa.

Ninguno de los dos se aventuró a agregar una palabra, pero ella bajó y siguió bajando la cabeza hasta que los labios calientes de ambos se encontraron en un beso largo y apasionado.

Por una vez, la princesa se había puesto nerviosa y su acostumbrado arrojo la había abandonado. Su vivacidad huyó, todo su cuerpo temblaba. Por el contrario Alaska, que sólo podía soñar con tan dulce presente, hasta cierto punto recuperó la seguridad en sí mismo.

No obstante, el sentimiento no abandonó por entero a la princesa, pues fue estrechando gradualmente su abrazo hasta que lo atrajo, a la manera de una serpiente, hacia su cuerpo tembloroso; él se reclinó en el magnífico sofá, sus rostros muy juntos y su ferviente aliento exhalando suspiros.

Vávvara sintió que un mar de deseos delicados copaba sus sentidos, delicadeza que hasta ese momento le había sido desconocida.

En aquella pasión no había nada de la feroz energía del deseo desenfrenado. Vávvara se contentó con permanecer apretada contra el recién descubierto objeto de amor, acurrucada a su lado, solazándose en el perfecto placer de amar y ser amada, contemplando los ojos de él y entregada a la apasionada comprensión de una nueva y poderosa emoción. Por primera vez en su joven vida, la princesa Vávvara amaba realmente, y junto con el conocimiento de emoción tan deliciosa, encontró algo infinitamente tierno en el sentimiento que Alaska despertaba en ella.

Pero su naturaleza voluptuosa no podía seguir soportando una adoración tan pasiva. En breve su temperamento lascivo empezó a hacerse sentir. Sus caricias se volvieron más activas, más osadas.

Apartándose apenas un instante de los labios rojos del paje, salvo para depositar besos cálidos en su frente, sus mejillas y su cuello, pasó ahora la fina mano por los miembros de él; le retorció y acarició las manos y los brazos, observando con deleite el efecto que producían sus toqueteos, hasta que por último, como accidentalmente, permitió que su mano descansara en el muslo de Alaska. Entonces lo atrajo hacia sí, hasta que, pecho contra pecho, entre suspiros, se hablaron mudamente de pasión. Vávvara cerró los dedos furtivos y entre ellos quedó atrapada la impetuosa evidencia del vigor de Alaska, el palpitante símbolo de su precoz hombría.

Ninguno de los dos habló: su amor era demasiado profundo para expresarlo con palabras; sólo los ojos delataban la intensidad de sus emociones.

Alaska había tomado ya posesión del bello pecho, tembloroso de inefable deseo, desnudo y palpitante bajo sus suaves presiones. Decidido a todo, con el ímpetu desatado de la juventud, Alaska avanzó, incapaz de refrenar su pasión bajo la excitación a la que lo reducían los abrazos de la princesa, e insinuó su mano sensual en el interior del corpiño. Vávvara se limitó a reír del atrevido intento, lo que contribuyó, naturalmente, a estimularlo más. Entretanto, la mano enguantada de la princesa, saltando todos los obstáculos, atacó la ciudadela y tomó posesión del prisionero allí confinado. En tales circunstancias, el primer impulso del conquistador consiste en mostrar magnanimidad y liberar al cautivo. Pero lo que ella descubrió fue un nuevo encanto y, con un suspiro de triunfo satisfecho, sus temblorosos dedos se cerraron en torno al objeto perseguido.

El joven paje había soñado, en sus sueños enfebrecidos, con la voluptuosa felicidad que ahora lo acometía en forma corpórea, pero nunca se había atrevido a esperar semejante satisfacción despierto y con la connivencia del objeto de su desesperanzado afecto, y tembló con deseo apasionado al someterse, con un deleite desconocido, a los

tiernos juegos de la princesa. De sus labios abiertos surgieron suspiros de complacencia mientras la caliente mano de ella, activa y audaz, despertaba sensaciones novedosas y exquisitamente sensibles con su roce. La excitación de Alaska era ya lo bastante manifiesta para cualquiera con menos experiencia que la lujuriosa princesa. Mediante un movimiento repentino, ella levantó la cubierta que pudorosamente se interponía y a hurtadillas robó una mirada al mismísimo centro de sus ardientes deseos. ¡Qué contraste descubrió allí! La delicadeza de los dedos cubiertos de cabritilla suave y perfumada por un lado. ¡Y por el otro, qué promesa de arrobo para su naturaleza salaz!

Vávara consideró necesario aliviar la tensión de las emociones de ambos. Sentía que su corazón estallaría si no hallaba alivio, rompiendo con dificultad el íntimo abrazo, a regañadientes se incorporó y susurró a Alaska que tuviera un poco más de paciencia.

No me dejarás así, mi querido muchacho, mi amor, volveremos a besarnos, te quedarás y me harás de paje, por cierto, aprenderás a desvestir a tu señora. ¡No te ruborices! No temas, que no pondré tu habilidad a prueba: Proscovia te enseñará los misterios de ese arte.

El sonido de su campana de plata atrajo a la criada a su lado.

Alaska observó con secreta admiración el proceso de desatar lazos y retirar los encantadores atuendos de la joven princesa. Prenda a prenda, aunque con diversos interludios para besarse y tocarse, fueron quitadas las diversas vestiduras de su ropa exterior y luego, mediante un diestro movimiento púdico, la princesa desapareció un instante de la vista y en un abrir y cerrar de ojos regresó ataviada con un hermoso peignoir, su abundante cabello suelto y flotante en la espalda, la mirada centelleante de amor y felicidad.

-¿Me amas menos así, Alaska? -exclamó la encantadora jovencita, mientras con los brazos extendidos lo invitaba a abrazarla.

El paje la cogió en sus brazos y depositó besos ardientes en sus labios.

-Espera un momento, querido mío, no supongas que escaparás tan fácilmente: ahora te pondremos cómodo a ti.

A estas palabras siguió el proceso de desnudar al paje. Las dos mujeres insistieron en realizar personalmente la operación, hasta dejarlo reducido a muy escasas coberturas; el encantador muchacho permaneció ante ellas, agradecido de poder ocultar su persona y sus rubores en un batín de exquisito brocado.

Un potente hogar despedía una reconfortante tibieza a través de los amplios aposentos suntuosamente amueblados y llenos de artículos selectos que el príncipe Demetri traía de sus viajes. Pero Alaska no tenía ojos para nada salvo para la encantadora jovencita que se encontraba ante él, radiante en sus formas esplendorosas, y seductora por encima de todo en su gracia y dignidad juveniles.

Cogidos de la mano entraron en la alcoba de la princesa. Luego, con un cálido y amoroso resplandor en el rostro ruborizado, Vávava atrajo al muchacho hacia ella y Proscovia recibió el peignoir cuando cayó, momento en que la hermosa figura de la princesa apareció cubierta únicamente por su camisón, mientras la criada, a la altura de las circunstancias, rápidamente quitaba a Alaska el batín y lo sustituía por una camisa transparente de exquisito encaje y batista.

Bajo los pesados cortinajes de magnífico raso azul claro, la blanda cama estaba atractivamente preparada con cojines de plumas y las sábanas del hilo más blanco que pueda imaginarse.

Alaska no necesitaba más estímulos; con brazos ansiosos alzó a la bella princesa y olvidando toda su timidez la lanzó al centro de la cama mullida. Una amonestación risueña de ella se perdió en los sentidos tintineantes de Alaska, y un segundo después, enlazados en un firme abrazo, los amantes jóvenes y anhelantes yacían bajo la cálida colcha que la criada, solícita, había acomodado para ellos.

Al principio la plena sensación de posesión abrumó tanto a la princesa que se contentó con permanecer echada, devolviendo beso por beso, suavemente, a su joven amante. Los cuerpos enlazados, juntos, siguieron así unidos mientras el brillo de la expectativa del placer recorría sus cuerpos.

Demos paso ahora a la historia tal como la cuenta la princesa:

«Me acometió un infinito destello de sensaciones desbordantes; al principio creí que me desmayaría. Alaska, el querido muchacho, estaba en mis brazos; con mis artes más finas le prodigué caricias entrañables. Mis manos recorrieron delicadamente su carne tibia y suave. Volví a encontrar su ***; estaba firme e hinchado con las emociones lascivas que yo provocaba. Sus testículos estaban bien desarrollados y delataban su vigor. El muchacho era hermoso de la cabeza a los pies. Su *** me impresionó como el más encantador que había conocido hasta entonces. ¡Qué diferente esta unión suave y lánguida a la grosera y brutal satisfacción de mis sentidos con los mujiks! ¡Cuán preferible escuchar delicadas palabras de amor y afecto, intercambiar besos cálidos de dulce embeleso, a verse sometida al ataque violento de tan ruda y furiosa concupiscencia, verse rasgada y herida por los bestiales esfuerzos de sus ***! Alaska, no del todo novicio, sabía bastante del arte amatoria. Casi al instante me montó, poco afecto a la exhibición, hundió su dardo en el punto exacto y nos movimos juntos en los fogosos éxtasis de un primer coito. ¡Cuánto me gustó ese muchacho, cuánto idolatré al maravilloso halagador que ahora yacía entrelazado conmigo, hundiéndose más profundamente a cada embestida ferviente, deleitándose en un goce doloroso e inundándome con un torrente balsámico de su precoz hombría! El marco de mi cama, las cortinas, los que nos rodeaban participaron de nuestra fruición, todos unidos en una trémula cadencia de amor y felicidad.

Alaska era todo un campeón. Sin pretender las proporciones gigantescas de los campesinos, poseía un *** grande y vigoroso. Sus placeres eran frecuentes e intensos, y expresaba generosamente su gratitud con sus favores. Así transcurrió la noche, sumidos en goces indecibles. Encontré tan absorbente la satisfacción de mis pasiones

que dejé que mi joven amante siguiera su propio curso y en ningún momento me cansé de los arrullos más sencillos del amor, con los que él logró desterrar el sueño hasta última hora de la madrugada.

Nos separamos a disgusto, con muchos juramentos de amor y lealtad, prometiéndonos otra noche, más larga, de dicha.

Ay. ¡Mi corazón! ¡Si hubiese parado allí! Sólo ha transcurrido una semana desde que empecé a redactar estas notas concernientes a mi recién nacida y apasionada unión, pero en tan breve plazo mi ideal ha sido profanado, la sagrada deidad de mi adoración derribada, nivelada con el polvo y pisoteada. ¡Mi corazón quedó desnudo y seco para que los lobos se cebaran en él!».

Así escribía la princesa en esa época, y pronto veremos lo cerca de la verdad que estaban sus tristes palabras.

Hubo al parecer otros dos encuentros entre los enamorados inmediatamente después del inicio de sus relaciones íntimas. Las exigencias de los huéspedes y la precaución indispensable para evitar el escándalo impidieron a Vávvara dar rienda suelta a su pasión tal como deseaba, y sólo la tercera noche después de la ya consignada, Proscovia introdujo de nuevo en los aposentos al apuesto y joven paje Alaska.

Gran parte de la vergüenza del muchacho se 'cabía evaporado. Los placeres mutuos gozados con su amada lo habían acercado a los procesos místicos del amor, y sus propias pasiones liberadas dominaron su temperamento naturalmente amoroso. Libertino por instinto, Alaska necesitaba muy poco entrenamiento en los caminos del placer.

No había, por tanto, necesidad de pasar por remilgados preliminares. La feliz pareja estuvo pronto completamente desnuda y ambos se precipitaron sobre la cama para gozarse mutuamente. Alaska se encontraba en estado de éxtasis y su impetuosidad era evidente a través del estandarte de su fruición, que se puso en erección con asombrosa rigidez y grosor.

-¡Vaya, querido mío, vaya coloso! -exclamó la princesa, escudriñando todas las partes de su nueva y encantadora adquisición-. ¡No tenía idea de que estuvieras tan bien dotado!

Vávvara se dedicó a besar y cosquillear el aparato ardiente. Alaska no tardó en seguir su ejemplo: sus labios ansiosos, en busca de néctares, recorrieron las jóvenes delicias del cuerpo de Vávvara, hasta que inspirado por el amor, insatisfecho por la trivialidad de sus propias caricias e inflamado por los toques a que ella lo sometía, le separó los muslos bien dispuestos y avanzando el rostro entre ambos buscó la consecución de sus fantasías lujuriosas en su fuente.

Un salto de placer convulsivo hizo que la cama se meciera mientras la princesa, encantada con las actitudes de su protégé, se rindió al delicioso aliciente de los besos que él depositaba en punto tan sensible. Respondiendo en especie a sus caricias,

Vávvara hizo que sus propios labios cumplieran el papel habitualmente asignado a otra parte de su cuerpo. Así yacieron, mudos en virtud de su ocupación específica, los cuerpos jadeantes, entrelazados en un abrazo, los ojos húmedos, las manos espasmódicas aferrando, apretando, sólo para soltarse y aferrar otra vez algún nuevo encanto, hasta que, con un grito borboteante de éxtasis, Alaska sintió que su alma lo abandonaba en un torrente de llamas en el mismo momento en que las presiones enérgicas de la princesa anunciaban su propio paroxismo.

Los dos permanecieron bañados en el dulce agotamiento que sucede al placer sexual. Vávvara, glotona de deleite, había recibido con intenso goce la evidencia material del éxtasis de Alaska, y el fuerte apetito de placer de éste hasta entonces apenas había despertado por tan suaves preliminares.

Tras unos minutos de reposo, los labios húmedos de deleites mutuos se apretaron en ferviente unión, la mano errante de la princesa buscó de nuevo al campeón de sus goces, y Alaska, presentando armas ante la lúbrica llamada, se extendió sobre el cuerpo de su amante.

La princesa lo recibió con todo el ardor de una naturaleza joven y apasionada; Alaska se adaptó de inmediato a esta posición y ella fue penetrada hasta la médula. El apuesto paje, sintiendo con voluptuoso agrado la conjunción de su cuerpo con el de ella, se esforzó tanto y tan bien que, incitada hasta el extremo del placer, Vávvara gritó con ardor y una vez más sus almas se mezclaron en un clímax de placeres embriagadores. Así avanzó la noche y Proscovia, siempre alerta, fue por fin a advertirles que había llegado la hora de la separación.

Las fiestas del palacio de la gobernación de *** tocaron a su fin y partió el último de los invitados. La fama de estos magníficos entretenimientos se difundió por todo el país y sirvió para aumentar la influencia del gobernador y además congregarlo con la opinión del pueblo. Pero el esfuerzo le costó caro, la angustia y la preocupación por atender a tantos invitados había hecho lo que muchos años de carga de la dignidad judicial no habían logrado.

La salud del príncipe Demetri *** se deterioró. Se declaró una debilidad fatal del corazón y por su gravedad creció la certeza de que su vida se consumía a toda velocidad.

Una semana después del fin de las fiestas, el príncipe Demetri murió en su propio palacio y su hija única estaba aturdida por lo repentino de tan irreparable pérdida.

A la defunción siguió una larga investigación en los asuntos y disposiciones testamentarias del príncipe; tras un mes de atenta clasificación, rotulación y contabilización, la princesa Vávvara despertó una mañana y se encontró siendo una de las aristócratas más ricas de Rusia y dueña de sí misma, ya que según las leyes rusas había alcanzado la mayoría de edad.

Como es natural, estos importantes acontecimientos habían puesto punto final por el momento a cualquier pensamiento sobre sus propios placeres, y la princesa, ocupada en las tareas del duelo y las correspondientes ceremonias, no encontró oportunidad ni estímulo para la indulgencia de sus anteriores extravagancias. No obstante, había mantenido correspondencia secreta con el paje Alaska, y sólo esperaba el momento adecuado para reanudar sus encuentros clandestinos.

Ahora dedicaba gran parte de su tiempo a los asuntos de su padre, y emprendió con brillantes resultados la clasificación y ordenamiento de sus papeles personales. Entre éstos encontró algunos que arrojaron una vívida luz sobre la vida pasada y los amores del príncipe. Aparentemente, éste había tenido relaciones con una dama de la provincia, a la que había seducido, y que le había dado un hijo varón. Estaban allí las cartas de dicha señora, llenas de confiado afecto, de esperanza, de paciencia, porque hacía mucho que el príncipe había quedado viudo y era muy probable que volviera a casarse. Cualesquiera que hayan sido las perspectivas del príncipe al respecto, estaban condenadas a la decepción; la mujer, cuyo nombre suprimimos por muchas razones, murió dejando a su hijo al cuidado del seductor.

Hasta ese momento la princesa había leído la correspondencia con una buena dosis de indiferencia: esos enredos eran demasiado corrientes para despertar emociones en su mente. Pero finalmente un párrafo de una de esas epístolas le chocó y volvió a leerlo; siguió investigando, hizo averiguaciones y confirmó la sospecha que se le había cruzado por la cabeza. Aquella mujer se había unido en matrimonio con el príncipe; el hecho estaba demostrado y por lo tanto el fruto de esa relación era hijo legítimo. A él pertenecían por derecho los vastos dominios, los más de dos mil siervos, los palacios y los castillos que ahora estaban a nombre de ella.

La princesa Vávvara no era mujer que abandonara una cuestión tan trascendental sin luchar por todos los medios a su alcance para protegerse. Por ello, ocultó con gran cuidado toda prueba de su descubrimiento y de inmediato puso en marcha la búsqueda del hijo de su padre, cuya existencia podía tener tan graves consecuencias para ella.

En breve plazo, tras dirigir la investigación personalmente y en secreto, Vávvara llegó al descubrimiento de la verdad: de inmediato veremos cuál era esa verdad. En un primer momento, su descubrimiento la sobrecogió, dejándola en medio de una gran confusión. Vio temblar en la balanza las vastas posesiones de su padre, entre ella misma y este hermano recién descubierto, de cuya existencia no había tenido con anterioridad la menor idea. Regresó deprisa a sus aposentos y se encerró en ellos advirtiéndole que por ningún motivo debían molestarla.

Luego despachó a toda prisa un mensaje al mayordomo, pidiéndole que enviara a San Petersburgo al paje Alaska, a cargo de un paquete con despachos. que la princesa preparó con su propia mano.

Veamos lo que dice ella misma:

«Envié las cartas en un paquete dirigido al custodio de nuestra residencia de San Petersburgo. Expresé mi deseo de que enviaran al paje Alaska con ellas de inmediato. En respuesta a la pregunta de si lo vería y le informaría más detalladamente, mandé un

mensaje aclarando que si el mayordomo no estaba a la altura de los deberes que yo le solicitaba, podía dimitir de inmediato. No oí más objeciones.

Entonces me senté y lloré; amargas lágrimas de amor agraviado, de desesperanza, de pasión insondable, de dignidad herida, de desesperación lisa y llana, manaron de mis ojos. Me retorció las manos, balanceándome con la intensidad de mi emoción. Ignoro cuánto tiempo permanecí en este estado. Por último me incorporé, paseé horas enteras por mis aposentos solitarios, y lentamente fue conformándose una decisión entre las nubes de duda, de desesperación y de incertidumbre que me oprimían. Gradualmente, de entre la bruma surgió un edificio con visiones beatíficas. Seguiría viviendo como la soberana que había sido antes de mi gran descubrimiento. El amor me había guiado con los ojos cerrados, por el amor seguiría siendo gobernada; entregaría mi vida a su servicio y en mi persona él encontraría una devota bien dispuesta. Hice sonar la campana.

-¿Ha partido ya Alaska? -pregunté.

Proscovia no lo sabía, pero fue a averiguarlo. Volvió antes de que transcurrieran diez minutos. El trineo estaba en el patio de la entrada. El paje ya se había envuelto en pieles dispuesto a emprender su arduo y largo viaje. La escolta había montado.

-Que venga aquí.

Me paseé de un lado a otro de mi alcoba... mi pequeño gabinete. Volví a ver en el recuerdo nuestro primer encuentro, nuestras caricias, sentí otra vez su cálido y dulce aliento en mi mejilla, volví a abrazarlo en la imaginación; sus formas delicadas, sus proporciones robustas, sus calientes besos ardientes ocuparon todos mis pensamientos. ¡Ah! Nunca... nunca... nunca más... y sin embargo la lucha interior me estaba matando; pasto de las llamas, estaba a punto de perecer, como el Fénix, en el fuego de mi propia pasión. Me arrojé sobre mi fauteuil, enterré la cara entre las manos.

-¡Ah! ¡Querido! ¡Mi querido! ¡Mi Alaska!

La puerta se abrió lentamente, Alaska estaba ante mí, envuelto en una capa de viaje de pesadas pieles, la gorra en la mano, calzado con botas para emprender el camino. Supe instintivamente que era él. Luego se cerró la puerta y quedamos a solas. En dulce voz baja respondió a mi llamada, en calma, con toda corrección:

-¡Excelencia, aquí estoy!

Para mí había algo inexpresablemente conmovedor en su resignación. Sabía que para él sólo podía ser desagradable tener que irse, dejarme, en un viaje tan distante y peligroso. Podría haber ocurrido que me culpaba por pedírselo, por no haber elegido a otro entre mis muchos subordinados para el cumplimiento de tan ardua empresa. Pero no, la mirada de Alaska, con la vista baja, encontró mis ojos nerviosos: la personificación del respeto y la obediencia.

¡Cuánto lo amé! ¡Oh, corazón mío!

Tímidamente, contemplándolo, mis sentidos debilitados se vieron abrumados por una sensación de exquisita ternura. Me levanté y permanecí erguida; lentamente mis pasos me llevaron hacia mi joven y dulce amante. Estiré los brazos para encontrar los suyos.

Lo apreté contra mi corazón y en un beso largo y balbucearte sentí que perdía el conocimiento.

Cuando recuperé la conciencia, encontré a Proscovia inclinada sobre mí. Pregunté por Alaska. Estaba aguardando mis órdenes en la antecámara. Débilmente indiqué a Proscovia que demorara la partida hasta la mañana siguiente. Después, fatigada por el exceso de emociones, me resigné a dormir.

Aquella tarde, siguiendo mis órdenes, el paje Alaska entró secretamente en mis aposentos, como antes. Yo ya estaba acostada. Proscovia lo hizo pasar, cubierto únicamente con el batín de seda que ella misma le había proporcionado, y lo condujo a mi lado. Proscovia abrió la colcha cálida y él se deslizó en el lecho. Mi querido estaba en mis brazos. Su pasión no conoció límites. Presionado por deseos materiales de satisfacción inmediata, sus manos me recorrieron buscando mis tesoros más remotos. La mía cogió su potente instrumento, que estalló de lascivia con mi ansioso apretón. Ningún pensamiento prudente logró contener mi mano. Apreté, hice cosquillas; luego, temiendo la explosión prematura que mis movimientos amenazaban provocar, guíé voluptuosamente su miembro ardiente en el canal húmedo de nuestros goces. Penetró: recibí toda su longitud con diabólica fruición. Me horadó hasta el corazón, mi vagina palpitaba con la posesión de su capullo hinchado. Sus feroces embestidas lo hundían hasta la médula. Cuanto más duros y rápidos eran sus movimientos, más rígida y empinada se volvía su deliciosa ***. Con nuestros cuerpos unidos por tan dulce eslabón, nos contorsionamos juntos en los placeres de los sentidos. Enterrado en mí en toda su extensión un momento y semirretirado al siguiente, sentí que estaba en un tris de exhalar las calientes llamas de su incontinencia. Con gruñidos de deliciosa intensidad, demasiado fuertes para la expresión verbal, salió una cascada de líquido que llenó mis entrañas estremecidas, y mientras manaba en rápidos chorros de su bajo vientre, estalló mi éxtasis en un solo grito, pero en un idioma que él no conocía:
-Mon amour! Mon roi! Mon frère! Donne! Donneh!>>

Quinta parte

Existían muchas razones por las que el segundo matrimonio del príncipe Demetri *** debía mantenerse en secreto. El gobierno paternalista de la Catalina, Zarina de Todas las Rusias, exigía el consentimiento del soberano reinante a las alianzas de los nobles superiores. Esto se habría considerado aún más necesario en el caso del matrimonio de un príncipe de la dignidad ancestral del padre de nuestra protagonista con una inferior, aunque de buena familia, como era la mujer a quien secretamente había tomado por esposa. Tan leal era, sin embargo, la madre del niño, hasta tal punto confiaba en el honor y en las repetidas promesas de su marido, que murió plenamente convencida de que algún día su hijo heredaría las grandes posesiones del príncipe y compartiría las dignidades de su nacimiento y su posición con la hermana mayor.

Y así podría haber sido, por lo que se ve, sin la sanción imperial que, en este caso, no habría sido difícil de obtener, dado que Pablo I había sucedido a su madre, y habría sido suficiente con que lo solicitara la bella hermana, quizá con un petit sacrifice de su honor femenino a la voluntad del licencioso monarca.

Pero ese camino era imposible. Como dice un viejo proverbio: «No se puede soplar frío y caliente al mismo tiempo».

Nos sentimos más bien inclinados a creer que se puede, al menos en ciertas circunstancias, pero en el caso que nos ocupa reconoceremos su validez. La princesa Vávvara había elegido su camino -no sin debatirse consigo misma, como hemos visto-, y el mismísimo aliento de la ráfaga caliente que había soplado impidió, en efecto, que considerara cualquier otro camino más natural. Ahora no podía delatarse: hacerlo no sólo significaría renunciar a su posición sino a su amor y, en última instancia, a condenarse por un delito infame, en comparación con el cual la liquidación de los mujiks no era nada. Porque Vávvara, desde que inició la andadura de su independencia, no se había tomado el mismo cuidado que antes, todo hay que decirlo, en ocultar sus amores con el paje, y su aventura corría libremente de boca en boca por toda la casa.

Pero mientras el inteligente descubrimiento del secreto de su padre -surgido de la búsqueda y supervisión personal de sus papeles por parte de la princesa- le permitió suprimir el hecho de que él había dejado un heredero, quedó preocupada por el problema de que algún día pudiera filtrarse la verdad por algún otro medio. No obstante, acudió en su ayuda su despierto ingenio; se presentó un doble incentivo para dar rienda suelta a su lascivia: seguiría regodeándose con todas las satisfacciones ya experimentadas y de paso conseguiría que Alaska no se apartara de su lado.

He aquí otro proverbio, originalmente ruso, utilizado por la propia autora y citado por ella misma, que adaptado a nuestro idioma diría más o menos así: «Cuanto más cerca del hueso, más dulce es la carne».

Como la propia conspiradora admite, no hay duda de que la carne que había saboreado era dulce. En tanto se abandonaba a esta licenciosa consideración, perdió todo

sentimiento de contención, y aunque admitió que por cierto estaba muy «cerca del hueso» , decidió entregarse al amor incestuoso y disfrutarlo en toda su fuerza, saboreándolo como una auténtica sibarita.

Y así ocurrió que, perdida para cualquier consideración excepto la satisfacción voluptuosa de su propia lujuria, volvió a recibir al apuesto paje, y saciándose con sus jóvenes y vigorosos encantos, revolcándose abrazados en todas las posturas que a sus fértiles imaginaciones se les ocurrían, Vávvara dio rienda suelta a sus rebeldes pasiones y, dejando de lado cualquier pudor, se lanzó a una vida de depravación desenfadada. «Me quité toda la ropa y también desnudé a Alaska. Jugué con su carne en erección e hice que se me acercara gradualmente con su ***. En cuanto me penetró por completo cerré los ojos, y las realidades de mi amor, que excitaron más aún mi imaginación, añadieron salacidad a estos goces. En otros momentos hice que se echara de espaldas, y, montada a horcajadas en su cuerpo blanco, me fui hundiendo lentamente sobre él, dejando que sus partes tiesas e ingobernables entraran en mí en toda su extensión. En esta posición disfruté con la vista de sus muecas y contorsiones, mientras le bombeaba la divina esencia de su ser. Si su persona estaba pletórica de encantos para mí y su *** me resultaba maravilloso en cualquier estado, su semen fue como el néctar de los dioses, con un sabor y un olor inexpresablemente exultante para mis nervios. Me revolqué en él y ni una gota salió de mis labios una vez que los atravesó. Nos habíamos vuelto ambos adictos a este placer; él mismo lo proponía e introduciendo una longitud increíble de su sable en mi garganta, descargaba un torrente del que yo no desperdiciaba una sola gota.

Nuestras relaciones íntimas duraban ya unas semanas y de alguna manera se había desgastado la novedad de nuestro apareamiento. Siempre inclinada a nuevas satisfacciones, creí detectar en mi joven amante una inclinación por los encantos de mi trasero. Lejos de tratar de disuadirlo, di satisfacción a su capricho y, orientando su potente vara bien lubricada, accedí a que insertara el glande en esa ruta de placer prohibida. Presionando, empujando e insinuando suavemente su miembro cartilaginoso, me penetró y así sumamos la sodomía a nuestro delicioso delito. Alaska yacía suspirando, con la cabeza sobre mi hombro desnudo y el aliento caliente en mi cuello. Con su mano me excitó aún más mis partes hinchadas, y manteniendo una delicada y palpitante presión en todo momento, introdujo por fin toda la longitud de su *** en mis entrañas.

Decir que gocé transmite apenas una débil idea del torbellino de mis sensaciones. Al principio el dolor fue agudo y mareante. Apreté los dientes y hundí las uñas en los cojines. Pero nada desconcertó a mi héroe. Sentí palpar y empinarse más aún la barra de hierro en la funda ceñida; el cosquilleo de su dedo activo palió mi alarma. De inmediato el placer se alzó triunfante; su mano produjo la culminación del placer, le entregué mi camino prohibido y él, hundido hasta lo más profundo, llenó mi interior (literalmente mis entrañas) con una ardiente inundación de esperma.

La gratitud de Alaska fue ilimitada y, echándome de espaldas en mi blanda cama, me apartó los muslos y sus besos incendiados entre ellos compensaron con creces mi sacrificio.»

Empero, en breve la princesa empezó a descubrir que los placeres de su unión necesitaban un estimulante; aparentemente de forma imperceptible para ella, sus pasiones, avivadas en una furiosa llamarada, habían llegado a un punto en que los recursos corrientes de la gratificación sexual ya no la contentaban. Sentía un ansia constante de experimentar nuevas sensaciones. Incluso el aguijón de su reciente descubrimiento comenzó a perder su efecto. Anhelaba que el muchacho se volviera tan lascivo como ella. Y él no necesitó demasiados alicientes para prestarse a todo. Pasado el primer estallido de afecto mutuo en virtud del abuso a que lo sometieron, sus ideas se volvieron irregulares:

«-Ojalá supiese quién fue el primero en aventurarse en tu bonito pimpollo de rosa... cuál fue la primera abeja que depositó ahí su miel -suspiró Alaska una tarde, cuando después de uno de nuestros coitos habituales reposábamos para recuperar el aliento.

--¿A qué pimpollo de rosa te refieres, mi querido muchacho? No olvides que tu pregunta es algo indefinida. ¡Tengo varios y en todos ellos tú has libado miel, pequeña avispa juguetona!

-Sí, y volveré a hacerlo, dulce mía, pero el pimpollo al que me refiero es el que tienes entre los muslos. -Un toque de su mano volvió inconfundible la aclaración.

-Eres demasiado curioso.

-Es que me gustaría saberlo -insistió-. Ojalá hubiese podido espiar por el ojo de la cerradura.

-Te habrías puesto celoso.

-Por supuesto, lo sé. Pero aun así, creo que me habría gustado espiar, aunque sólo fuera por curiosidad.

-Alaska mío, ¡eso quiere decir que no te pondrías celoso ahora si espieras por el ojo de la cerradura y vieras...? ¿El qué?

No digo eso, pero me parece que, aunque al principio estuviera celoso al descubrir lo que ocurra secretamente y sin que yo lo supiera, sería diferente si conociera tus deseos, si fuera consciente de ellos, y pensara que la satisfacción de tus apetitos, de los que hemos hablado a menudo, te proporciona placer, e incluso que mi complicidad haría que me amaras más; no... no creo que dadas todas estas condiciones ahora me pusiera celoso. Soy demasiado voluptuoso, y no olvides que así me has hecho tú, para que me importe la entrega exterior de tus encantos, siempre que siga siendo el dueño de tu corazón.

--¿Quieres decir que te gustaba ver cómo entrego mi cuerpo a otro? Ay, libidinoso mío, veo que tus ojos brillan... sé que gozarías del espectáculo.

-Más de una vez te he hablado de mi idea largamente acariciada. Una vez lo soñé y me encantaría ponerlo en práctica.

-Lo sé, Alaska. Te relamerías en un acto sexual en el que, aunque no personalmente, gozarías de mí por poderes. Te veo, mi perverso diablillo, observando los preliminares, arreglando los detalles, y finalmente entregándome al ejecutor».

El efecto de esta conversación se evidenció plenamente en los sensibles órganos de Alaska. La princesa, que durante un tiempo había estado entrenándolo en estas ideas impúdicas, contempló con deleite el resultado.

«-Bueno, Alaska, dado que los dos estamos decididos a apurar el cáliz de los goces amorosos, no vacilemos un instante en aprovechar al máximo nuestro tiempo. Yo te prostituiré y tú me prostituirás, y nuestros placeres competirán entre sí.

La respuesta de Alaska fue una prolongada arremetida y la conversación se convirtió en una incoherente explosión de gritos placenteros.»

Sólo habían transcurrido unos días tras esta conversación cuando, una vez todo dispuesto, la princesa dio su consentimiento al inicio de la diversión. A la hora señalada, Proscovia introdujo por la entrada privada a un mujik robusto elegido por ella misma con la ayuda de Alaska. Este, transformado para la ocasión en una joven alta y de buen ver, correspondientemente disfrazado, aguardaba con la princesa la llegada del campesino.

Si se considera que los habitantes del palacio ascendían a más de ciento cincuenta, se comprenderá que conjeturar la verdad en cuanto a la identidad de la princesa, que siempre aparecía velada, era muy improbable para alguien como este mujik analfabeto. El hombre había sido seleccionado entre otros por diversos motivos que pronto se verán, y porque era un luchador además de primo hermano del desgraciado Petrushka, y por tanto un mozo de buena estampa.

Es harto probable que la concupiscente princesa se deleitara interiormente al recordar aquella aventura y que ejerciera alguna influencia en sus goces secretos. Fuera como fuese, este mujik, que respondía al nombre de Fadeyev, era un estupendo ejemplar de campesino ruso, con sus hombros anchos, las extremidades largas y gruesas, la barba castaña, los rizos bien aceitados y atados con un cordón detrás de su gran cabeza cuadrada. Además, Fadeyev tenía una expresión de buen humor, más bien estúpida: pero si su inteligencia era escasa, su pesada estructura muscular prometía muchas cosas, al tiempo que cierto movimiento de sus labios, las fosas nasales abiertas y los ojos brillantes delataban un temperamento activo y a la vez voluptuoso. Por otro lado, conocía muy bien el motivo por el que lo habían mandado llamar.

Proscovia, también medio desvestida, llevó a Fadeyev ante su ama y el joven paje.

Pronto una copa de buen coñac puso al mujik más a sus anchas, y mientras se caldeaba en los lujosos aposentos empezó a corresponder a las frivolidades obscenas de la criada, que hizo todo lo que pudo por tranquilizarlo.

Pero a medida que aumentaba su temperatura, Fadeyev notó que le molestaban las pesadas ropas; al instante Proscovia y Alaska demostraron que no tenían ningún problema en despojarlo de ellas. Así quedaron a la vista los grandes miembros musculosos del mujik, pues su ropa interior era deficiente para cubrirlo tanto en lo que respecta a perneras como a mangas.

Entretanto, la princesa Vávvara, negligentemente reclinada en un fastuoso diván, intercambiaba susurros e insinuaciones con Alaska y observaba la semidesnudez del mujik con ojos lascivos, en los que se rastreaba la luz arrebatada de una diabólica lujuria. Los labios de la princesa estaban calientes y secos, le temblaban las fosas

nasales y sus miembros se retorcían de una forma inequívocamente indicativa de su ardor. Hasta ese momento había sido una observadora pasiva.

Sin embargo Fadeyev, con el instinto de un halcón que persigue a su presa, reconoció al instante que ella era el principal objeto de su convocatoria, y consecuentemente prodigó toda su atención a ese rostro hermoso. Pero eso no era todo: de vez en cuando el peignoir de la señora se abría, cuando cambiaba de posición, y por la abertura Fadeyev vio una cornucopia de delicadas carnes blancas, lo que fue más que suficiente para poner en marcha sus deseos.

-Entonces, ¿éste es el entretenimiento que has decidido proporcionarme, Alaska? -murmuró su bella amante-. Sería una desagradecida si no correspondiera plenamente a tu bondad. ¡Qué miembros los de tu gigante, qué fortaleza, qué flexibilidad en las articulaciones! ¿Me has dicho que es un luchador? Entonces evidencia su enorme poder arrojando al suelo a hombres grandes y fuertes como él. Cono, Alaska, en que demuestre sus artes conmigo. Yo también lucharé con tu gigante y tú verás que salgo vencedora, porque conmigo empleará su fuerza en vano, yo sólo apelaré al artificio del amor y él caerá a mis pies, lo quiera o no, será un humilde esclavo de los deleites que guardo para él.

-Sin duda, mi amada, no podrá rivalizar con tus dulces y ágiles artes, tus suaves zalamerías, tus refinamientos de voluptuosidad.

-No, Alaska, encanto mío; tú me has traído el material, sólo tú eres el alma, la parte vital. Usaré este instrumento y reconoceré, todo el tiempo de mi goce, que eres tú y sólo tú quien me lo da, duplicando tu propia potencia al ofrecerme este medio.

La princesa hizo una pausa. Contempló admirada las proporciones fornidas del luchador, le temblaron los labios, todo su cuerpo pareció irradiar una exuberancia de diablura perfumada muy acorde con su carácter. Le brillaron los ojos más que de costumbre; una especie de agitación sólo evidente para un observador cercano se difundió por su piel; respiraba en breves jadeos espasmódicos; movía las manos de un lado a otro, en el aire, como si estuviera invocando algún poder invisible. Entonces volvió a hablar.

-Ponte ante mí, Fadeyev, de modo que te vea -gritó en el dialecto del campesino, pero con un ritmo y una fuerza que hizo que todo volviera a tintinear mientras hablaba-. Quiero verte en toda tu potencia mientras avanzas hacia el combate con tus oponentes. ¿Acaso no has derrotado a muchos hombres? ¿No les has hecho morder el polvo con la simple fuerza de tus miembros? Ahora, Fadeyev, siempre terrible en tus encuentros, ¿no quieres probar conmigo? Mira -dijo mientras dejaba caer su manto acampanado y desplegaba sus hermosas formas desnudas en toda su altura-. ¿No soy digna de tus proezas? ¿Crees que puedes vencerme como has vencido a tantos hombres? No, Fadeyev, soy yo quien te derrotará, por la fuerza del ardor y la lascivia caerás... caerás a mis pies. -La princesa levantó la voz hasta casi un tono de dureza y luego agregó, quejumbrosa-: Y tú gozarás, Fadeyev, te revolcarás en los embelesos del paraíso... de ese paraíso en el que pensó y del que escribió el Profeta. -En este punto Vávava bajó más la voz, mientras una extraña luz, como la de aquellos que ven a lo lejos y hablan de lo que no está presente, centelleaba en sus ojos brillantes-. Gozarás del arrobamiento de los ángeles en mis brazos, en mi pecho, te recibiré... te abrazaré, Fadeyev. -Más baja aún se volvió su voz al tiempo que el mujik, comprendiendo el

sentido de su rapsodia y más que dispuesto a aprovecharse de su posición, iba aproximándose lentamente-. Te deleitaré con mi cuerpo, te consumiré en mi libidinosidad, cruzarás las puertas por las que a los hombres les gusta entrar, y no me negaré a tus deseos. El aliento de tus besos calientes manará esencia de rosas para mí, tus apasionados movimientos serán la ondulación de un arroyuelo que cae rauda. ¡Tus feroces deseos me dominarán, Fadeyev, tu fortaleza y tu potencia me harán estremecer! Dejaré que te bañes en los torrentes de tu placer, me someteré a la satisfacción de tus deseos más secretos...pero te derrotaré, Fadeyev. ¡Fa-de-yev!

Despojada de su única cobertura, un suntuoso manto de raso forrado en pieles, la princesa temblaba por la excitación de su apasionado discurso, pero suavemente y casi sin que se diera cuenta, Alaska y Proscovia habían vuelto a ocultar su encantadora figura a la mirada lasciva de Fadeyev.

Mientras ella hablaba sin parar, el mujik -acometido por cierto respeto pavoroso ante tan rápido y apasionado parlamento-, impresionado por la indescriptible belleza de su persona y ansioso, naturalmente, por una relación más íntima con sus encantos, se aproximó poco a poco, estimulado por sus gestos, donde vio menos pudor que ardiente deseo.

Las pocas prendas que ahora cubrían al luchador permitían una perfecta exhibición de su cipote poderoso, y como los faldones le iban cortos y lo único que cubría sus muslos era una camisa de algodón, ésta comenzó a hincharse por delante con una protuberancia que dejó perplejos a todos los presentes.

Fadeyev ya estaba ante el diván en el que la princesa había vuelto a echarse, y se encontraba al alcance de la mano que ésta había extendido. Tras palparlo, ella insinuó su manita bajo la cobertura y rápidamente aferró el objeto que tanto había llamado su atención. Un resplandor lúbrico se extendió por sus facciones al descubrir la existencia de un arma de longitud y grosor ponderables, empuñada y amenazante, y que Fadeyev, enloquecido de deseo, intentaba en vano controlar.

Se elevó entre los presentes una especie de murmullo confuso; Proscovia, no menos encantada que su ama, compartió el placer de ésta. La princesa echó una mirada de soslayo a Alaska. Al notarlo preocupado, le sonrió y con irresistible dulzura le hizo señas para que se acercara.

«-Fíjate, niña mía -dije a Alaska-, he aquí a una criatura del sexo que tú deseas. Observa con atención este objeto largo y grueso como el palo de un carro; su cabeza purpúrea está encendida por el deseo de gozarnos. Esa cabeza es el símbolo de la sangre caliente que hormiguea en sus venas'

-sí, mi querida niña, es con un instrumento como éste, que serás perforada; me verás sufrir, pero también sabrás cuánto gozo. Luego será tu turno de rendir tu bonita persona y de someter a su merced tus encantos hasta ahora intactos.

Proscovia se puso a reír disimuladamente. Observé a Alaska: su sonrisa y sus miradas obscenas me convencieron de que su depravación estaba a la altura de las circunstancias.

-¡Oh! Señora, Lesa cosa horrible me penetrará? -exclamó, imitando una voz femenina-. En verdad, no soporto pensarlo. -Se cubrió la cara con la mano, fingiendo

gran vergüenza y susto. Sin embargo, insistí en ponerle el miembro de Fadeyev en las manos, y de buena gana él lo toqueteó para su propio deleite. Luego hice que el mujik se sentara a mi lado y le di un batín elegante para que se cubriera. Estaba decidida a que no se alcanzara el clímax demasiado pronto.

Fadeyev, corpulento y estúpido como era, no tenía el aire brutal del mujik común y corriente. Sus ojos eran blandos y amables, sus movimientos espontáneos y suaves. Daba la impresión de estar encantado en un nuevo mundo, por así decirlo, de lujuria y placer sensual, y parecía conformarse con notable ecuanimidad a lo que le había caído en suerte.

Mientras acariciaba la manaza derecha de Fadeyev, la atraje suavemente hacia mí y la deposité estremecida de dicha en mis senos redondeados. Mi Hércules estaba ya casi sometido. El contacto con mis firmes pechos blancos pareció electrizarlo: los amasó con su mano fogosa, palpó, apretó, hasta que agitado por un irresistible impulso, intentó bajar cada vez más la mano, no pudiendo contentarse con el suave contacto de mi vientre.

Entonces hice señas a Alaska de que le soltara la ***, dado que yo misma estaba celosa por su interferencia, y volví a coger este enorme ejemplar de hombría musculosa. La barra palpitaba y se estiraba en mi mano mientras envolvía mis dedos flexibles alrededor de la cabeza purpúrea. Fadeyev mostró su aprecio por mis delicados toques con diversos suspiros y síntomas; parecía apenas capaz de contener el ansia de satisfacer su ardiente pasión.

Yo misma estaba mareada por el feroz deseo de gozarlo. No obstante, puse freno a mi impaciencia e hice una pausa para contemplar mejor al luchador que me habían traído. Observé su pecho ancho, sus brazos fuertes y nervudos, singularmente libres del hirsutismo, que es rasgo tan común de nuestro campesinado. Por encima de todo era un corpachón perfecto, con una fortaleza y una elasticidad tales que sólo mirarlo me puso fuera de mí.

Percibí que no podría continuar mucho más en este papel pasivo. A una señal mía arrancaron el resto de la ropa a Fadeyev y él se irguió ante mí absolutamente desnudo. ¡Qué impresión fue ver esa terrible ***! Me estremecí de impaciencia mientras volvía a despojarme de mi manto, abracé a mi Hércules y juntos nos hundimos en el blando diván.

Ahora la mano de Fadeyev recoma mi cuerpo a voluntad. No necesitó guía para detectar el punto central de sus deseos. Entretanto, mis labios buscaron los suyos y mezclamos la saliva en nuestros besos impacientes. Alaska se situó cerca, a mi lado, y nos observaba con el rostro ruborizado y las mejillas ardientes.

El luchador cayó sobre mí, su enorme pecho me cubrió el cuello y el rostro. Sentí que su *** caliente y tiesa empujaba contra mí. Pensé que nunca tendría lugar la cópula de nuestros cuerpos; por fin mis partes íntimas cedieron, la gigantesca serpiente se deslizó en mí, rasgando, proporcionando dolor y placer a un tiempo, hasta que sentí

que Fadeyev había introducido su miembro hasta la raíz y me gozaba con una feroz energía que yo nunca había experimentado. Alaska me besaba una mano, que yo le había tendido con tal propósito, y también noté que sus propios dedos traicioneros estaban inmersos donde se efectuaba la unión de mi cuerpo con el del mujik.

-¡Ay, amigo mío! -grité-. Me haces daño, pero también me brindas placer; suavemente... Fadeyev mío, así... ayúdame, no acometas con tanta fuerza. ¡Ay! ¡Eres tan enorme! ¡Tan terrible!

Más arremetidas, más impactos impacientes de sus lomos vigorosos, más esfuerzos titánicos por parte de mi luchador; sus forcejeos eran los de un nadador que expira: resollaba, sollozaba. Poco a poco el placer cedió en mí, hasta que con un grito frenético arrojé mis piernas hacia delante... y el deseo se extinguió por un momento en un temblor de abrasadora dicha disolvente.

Fadeyev todavía no había acabado conmigo.

Noté que aún estaba ansioso por completar el éxtasis, aunque aparentemente era incapaz de obtener el ímpetu necesario. No, se relajaron sus partes vigorosas... sin duda la compresión era excesiva. Le imploré que parara y se retirara; me obedeció a regañadientes y contemplé su exagerado aparato, rojo y humeante, todavía no apaciguado por mi cuerpo. Fadeyev parecía desolado, avergonzado por no haber tenido más éxito. Rápidamente aparté de él ese sentimiento, estimulándolo de nuevo. Volvió a penetrarme con furia y, ahora bien preparado, soltó enseguida el manantial de su paroxismo inundando mi interior con su semen.»

Esa velada se celebró una orgía en los aposentos de la princesa. Proscovia estaba totalmente desnuda y Fadeyev cayó sobre ella. Alaska, del todo depravado por los preceptos y el ejemplo de su amante, se mostró tan desvergonzado como los demás. Ahora sólo cubierto por un vestido ligero, se esforzaba por ocultar su sexo, mientras el luchador, sin entender los motivos de su reticencia y adjudicándoles un origen muy distinto, lo seguía incesantemente con sus solicitudes. Vávava compartía las provocaciones generales. Entraron otros dos hombres, y dos muchachas hermosas, proporcionados por los agentes secretos de la princesa, que se sumaron a la escena de libidinosidad y jolgorio.

Estas jóvenes, hermosas como la luz del día e inocentes en lo que a participación en las orgías del palacio se refiere, fueron de inmediato el principal foco de atracción del depravado Alaska. La princesa le estimuló esta fantasía y a continuación tuvo lugar la escena más horrible de iniquidad concupiscente.

Georgette, la mayor de las dos muchachas, era bellísima: rubia, alta, esbelta, de rasgos delicados y estatuarios, llevaba sueltos los largos rizos de exuberantes cabellos dorados que flotaban por su espalda en pesadas matas. Tenía los pies y las manos pequeños y de fina forma; acababa de cumplir los dieciocho años.

Ofvette, la otra, era más morena y no tan alta; poseía las facciones frescas de los habitantes de la frontera suroccidental, era una encantadora pomerania cuya belleza

impresionaba a quien la contemplara. Sus miembros eran igualmente delicados, aunque más redondeados y regordetes; sólo tenía quince años.

Los dos hombres eran jóvenes y robustos; tenían los miembros semejantes al del mujik ruso y rondaban los treinta años. Ambos habían sido seleccionados en virtud de sus aptitudes especiales para la impudicia y de sus miembros de grandes dimensiones. Conocían a la perfección el objetivo de su presencia allí. No era la primera vez que la princesa los había empleado con fines similares.

Los siete personajes formaban, por ende; un grupo lascivo, al que se unió la criada Proscovia.

Alaska se pegó deprisa a Olivette, que al principio lo tomó por una chica. Por orden de la princesa pasaron a un gabinete contiguo junto con Moditzski, el más rubio de los recién llegados. En cuanto desaparecieron los tres, Vávava hizo que el otro mujik se echara de espaldas en el diván y se divirtió montándolo, recibiendo en esta posición su arma grande y erecta, mientras llamaba a Fadeyev a su lado para asirle el miembro gigantesco con ambas manos, balanceándose entre los dos al tiempo que se llevaba el glande purpúreo del último a los labios.

Así ocupados, la princesa y sus acompañantes se dispusieron a escuchar a los que estaban en el gabinete.

No esperaron mucho, pues en breve los gritos y quejas de Olivette les hicieron saber que estaba ocurriendo algo que le provocaba descontento. Se oía su voz suplicante y simultáneamente se distinguían las de Alaska y el mujik en tonos de perentoria exigencia. Más protestas por parte de la pequeña Olivette, renovadas demandas de los hombres: luego un forcejeo, murmullos apagados, imprecaciones en las que predominaba la voz de Alaska... y un sonido sordo de cuerpos que caían sobre cojines mullidos.

De inmediato un peculiar grito agudo de la bonita joven, un ruido audible de golpes regulares, una especie de percusión de la cama en que habían caído los cuerpos... una amainada cadencia de movimientos feroces y significativos, en medio de los cuales se intercalaban los sollozos lastimeros de la víctima.

Ya la tiene metida -susurró el luchador, cuyo miembro largo y gordo palpitaba bajo las glotonas chupadas de la fogosa princesa-. Se la metió... si experimenta la mitad del placer que estoy experimentando yo, ese hombre está en los cielos.

-Sí, así debe ser -respondió Vávava, haciendo una pausa en su tarea-, escuchad cómo cruje la cama... él se toma su tiempo... su éxtasis crece, la chica está sometida, él la goza desenfrenadamente. Su cuerpo está perforado como el mío por el órgano de un hombre. ¡Escuchad!

-¡Dios mío! ¡Me matarás, suéltame! -chillaba Olivette.

Más gritos, más crujidos del lecho, una confusión de sonidos inarticulados que Vávvara reconoció muy bien como acompañantes del paroxismo final, la eyaculación de su amante, y luego, silencio.

La princesa sabía que si bien ella se había emancipado con su propio ejemplo del sentimiento de su pasión mutua, Alaska no había sido menos rápido en seguir el ejemplo.

El hombre que estaba debajo de la princesa, incapaz de seguir conteniéndose, cerró los ojos y se abandonó en una copiosa lechada que Vávvara recibió con gritos impúdicos, soltando la *** de Fadeyev en su espasmo paroxístico.

-¡Durak! Me has inundado con tu ***, estoy llena a rebosar de ti -exclamó la princesa al encontrarse liberada de la potente verga sobre la que se había sentado.

Entonces corrieron todos en dirección al gabinete.

Imaginaos la sorpresa de Fadeyev al entrar y descubrir a quien le habían presentado como una chica desnudo y jadeante en la languidez posterior al acto sexual, junto a la violada Olivette, mientras su vigoroso instrumento, apenas relajado del estado con el que acababa de ejecutar ese acto, colgaba húmedo y humeante sobre su propio vientre. Olivette había perdido el conocimiento. Moditzski, en estado de furioso deseo, estaba a punto de caer sobre la chica postrada, pues su pasión había llegado a punto de ebullición como espectador de los otros dos. No obstante, la princesa lo hizo retroceder y ella misma se precipitó sobre la joven Olivette, introduciendo con indescriptible frenesí el rostro entre los muslos de la muchacha, mientras Proscovia, siempre lista para realzar los placeres de su ama, mantenía suspendidas y abiertas las piernas de la víctima.

Fadeyev y Polskivich, con burlonas carcajadas, se echaron encima de Alaska y lo arrastraron al salón. Allí le arrancaron los escasos restos de su disfraz sexual y se lo entregaron desnudo al miembro de Moditzski, indicándole a éste que vengara la frustración anterior con el trasero de Alaska. La princesa, pese a que estaba ocupada con su propia libidinosidad, oyó el alboroto y al ver cómo estaban las cosas se levantó y audazmente indicó a Moditzski que siguiera adelante, ante lo cual Fadeyev, incapaz de contenerse al ver a la encantadora princesa ante sí, la cogió por la cintura, la empujó sobre la otomana y la empalmó con su enorme paquete sin darle tiempo a impedirselo.

Nada encantó tanto a Alaska como la idea de esta forma de ser objeto sexual, pero a pesar de su buena disposición a satisfacer el deseo del robusto Moditzski, el tamaño y la impaciencia de éste impedían la penetración contra natura. Pero por fin el éxito recompensó los esfuerzos de ambos y el sodomita recibió en sus entrañas el miembro empinado del joven mujik.

En cuanto Vávvara notó que estaban completamente engarzados, el lúbrico panorama ejerció un efecto poderoso en ella, y presentando su trasero lo mejor que pudo, estimuló y recibió las fogosas arremetidas del luchador, gritándole que no le ahorrara nada, que le hiciera sentir toda la longitud de su cipote musculoso hasta las entrañas.

Pero Fadeyev no necesitaba demasiado estímulo. Apretando los lomos saltarines de Vávara, hundió su barra llameante, paladeando la carne blanda y flexible en que su falo se abría camino. Frotó el vientre contra las nalgas de ella y no pudo seguir penetrando. Tras una serie de gozosos movimientos en los que arrastraba las tiernas formas de la princesa hacia él a cada arremetida, apoyó su mentón barbudo en el hombro blanco y, poniendo fin a sus esfuerzos, soltó un torrente hirviente de esperma.

Entretanto Alaska, empujado hacia delante por el lúbrico ataque de su asaltante pederasta, se tambaleó atravesado por el sable tieso hasta la otomana y allí tendido, sumiso al ataque, dejó que Moditzski alcanzara el paroxismo.

A la violencia de la orgía siguió una calma generalizada. La pequeña Olivette, asistida por Proscovia, que también ofreció a los presentes vino y dulces en abundancia, revivió con las atenciones recibidas. La princesa disfrutó de un lapso de bien merecido descanso.

Hasta ese momento la encantadora Georgette había escapado a la atención salaz de la compañía, pero no podía abrigar la esperanza de seguir siendo tan afortunada durante mucho tiempo.

La propia princesa dio el ejemplo. Alabó la belleza de la muchacha, frotó sus manos lujuriosas en los encantos de aquélla, y por último se empeñó en situarla, totalmente desnuda, entre las rodillas de Fadeyev.

-Mi querido Fadeyev -le dijo-, aquí hay alimento para tu lujuria, aun te sobraré. Fíjate en estos pechos exquisitos, en la firmeza de los pezones, en este vientre redondo y blanco. Contempla esta cintura graciosa y pletórica de flexibilidad. ¡Qué exquisito el contorno de estas caderas hinchadas! ¡Qué monte de Venus! Ay, Fadeyev, crees que me pondré celosa pero te equivocas: gozaré con fruición al ver tus placeres.

Entretanto, el luchador había atraído a la bella Georgette hacia sí y con total impudicia había puesto su miembro de grandes proporciones en las delicadas manos de la jovencita. Renovado por el descanso, caldeado por el vino y por la naturaleza provocadora de los encantos de ella, dio rienda suelta a sus deseos y empezó a recorrer libremente todo su cuerpo con las manos. Mientras su verga inmensa recuperaba toda la dilatación en las manos de Georgette, volvió a manifestarse su formidable contextura y su cresta se irguió empinada, excitada por los tímidos movimientos de esas manos.

-Pon encima las dos manitas, Georgette -gritó la princesa-, ¿no ves que hay espacio para tus dos palmas y que, aun así, su glande purpúreo asoma y nos mira a todos por encima?

Polskivich, siguiendo el ejemplo del otro, asió a la temblorosa Olivette y, tras someterla a sus caricias lascivas, pareció igualmente inclinado a renovar sus goces.

Pero Fadeyev ya no se contentaba con dejar que Georgette continuara con sus toques indecentes. Ahora ya epicúreo de la lascivia, decidió que ella debía poner sus labios rojos donde sus manos habían apretado y amasado. Pese a la evidente repugnancia de

la muchacha, insistió en que ella se introdujera la cresta ardiente en su boca y, empujando tanto como se lo permitía un instrumento de tales dimensiones y sin llegar a asfixiarla, se dio a sí mismo este placer paroxístico mientras Vávava estimulaba su conducta.

Por cierto, parecía que la princesa encontraba un deleite secreto en calentar aún más al brutal mujik.

-Ponle las manos en las nalgas, Fadeyev, verás que nunca has tocado una piel semejante: puro raso, perro, esta chica está hecha para un emperador y ahora está en tus garras, perro. ¡Qué muslos! ¡Qué piernas!

La cara del luchador se volvió escarlata de desenfreno, sus partes inmensas estaban dilatadas al máximo. Levantó la cabeza de la joven Georgette, unió sus gruesos labios a los de ella, e introduciéndole la lengua en la boca permaneció en esa postura, como si quisiera inhalarle la vida, sin dejar de mirar con fijeza a su amante, como si solicitara su permiso para seguir adelante.

Ya su vientre frotaba el de Georgette y le introdujo la estaca caliente entre los muslos. A todo esto, la princesa tenía un miembro en cada mano. El del joven Alaska palpitaba una vez más en la derecha, mientras la artillería de Moditzski le llenaba la izquierda; en esta posición contemplaba los avances de Fadeyev.

Con rápida perspicacia comprendió las dudas que asaltaban al mujik, el hombre hervía en la violencia de su deseo de gozar de Georgette, pero naturalmente temía ofender a su princesa, a la que miraba como dadora de tantos entretenimientos. Ella se apresuró a tranquilizarlo, diciéndole que actuara a voluntad y a sus anchas.

-Goza de ella, Fadeyev, yacerás con ella y perforarás su cuerpo. Tu instrumento conocerá los huecos más recónditos de sus secretos. Cógela, fortachón mío, en tus brazos poderosos, abre sus muslos blancos, el camino de la voluptuosidad está abierto para ti, intérnate en él y goza.

Fadeyev no necesitó más. Alzó a Georgette y avanzó con ella fuertemente abrazada hasta depositarla en un sofá. Sin perder un instante, se precipitó sobre el cuerpo desnudo; Proscovia lo ayudó a abrir los muslos poco dispuestos y él situó su enorme miembro en posición de penetrar en la vulva de la jovencita.

Georgette, aunque no del todo virgen, se acobardó ante semejante ataque. El luchador, con desesperadas embestidas de sus caderas, trató de superar la delicada resistencia ofrecida. Incluso la naturaleza colaboró con él, porque en los impúdicos preliminares con que se había entretenido, cierta excitación desconocida para la muchacha había provocado una humedad cremosa que impregnó sus partes. Aprovechándose de ello, la ancha cresta bien lubricada abrió un sendero y traspasó la vulva, forzando a continuación la vagina para que recibiera al monstruoso asaltante en toda su longitud. Georgette profirió un grito de dolor al ser penetrada por el arma feroz del luchador que, relamiéndose de la ceñida coyunda de sus cuerpos, empezó ahora de verdad el lujurioso juego del amor.

Este espectáculo fue excesivo para la princesa: hundió su lengua sonrosada en la boca de Moditzski y, tras chupar lascivos besos de esta manera, dejó que la gozara.

Lo llevó a un diván, se puso a horcajadas sobre él y recibió hasta el fondo su falo robusto; en susurros le indicó a Alaska que se ocupara de sus nalgas y él, no del todo novicio en tales goces, o quizá sondeando por primera vez en esta ruta prohibida, se apresuró a complacerla.

-Entra sólo hasta el portal, amado mío -murmuró Vávvara volviendo la cabeza para hablar con el calenturiento paje, cuya arma, siempre lista, presionó ahora contra la estrecha entrada-. Que sólo el glande de tu querido capullo me atraviese.

-Ahí estoy, pero apenas puedo contenerme para no empujar.

-Goza esto, querido mío, estoy trabajando para ti... apenas soporto dos campeones como los que me están empalando... hago todo lo posible... ya... cielos, que sensación.

-Ahora siento tus presiones, reina mía. Siento el músculo agarrándome poderosamente con una serie de deliciosos espasmos. ¡Ay, Vávvara mía, qué placer! La cabeza, los hombros están ahí dentro, en tu funda secreta. El resto está fuera, pero el deleite se transmite de cabo a rabo.

La joven princesa se encontró así entre ambos, entre dos campeones. En cuanto al mujik Moditzski, jamás había conocido placeres tan ardorosos. El bello cuerpo que se elevaba y caía sobre él, cuyos movimientos se daba prisa en encontrar a medio camino, y cuya presión lo llevaba al borde de la locura, lo excitaba con una furiosa obsesión por el goce, y pronto -demasiado pronto para la voluptuosa princesa- sintió que alcanzaba el clímax lujurioso y eyaculó acompañándose con un gemido paroxístico.

En ese momento el combate amoroso de Fadeyev con la bella Georgette llegó a su punto culminante y ella quedó, sólo a medias consciente, empapada en las pruebas de la vigorosa hombría de aquel.

En el ínterin, Polskivich, salvando gradualmente la resistencia de la bonita Olivette, había logrado insertar su instrumento y ahora trabajaba con todo el frenesí de la posesión completa para culminar la cópula con ella.

La princesa oía todo, veía todo, sus sentidos hallaban gratificación por los cuatro costados. Los gritos de la forzada Georgette habían sido música para sus oídos, y ahora los sollozos y gruñidos de la pequeña Olivette no le resultaban menos dulces.

Alaska seguía manteniendo su plaza; cuidadoso en el cumplimiento de los deseos de su amante, se había abstenido de hacer fuerza y permanecía, tal como había declarado, alojado en los portales. Los movimientos de Vávvara mientras recibía la inyección caliente de Moditzski, sin embargo, produjeron tanta excitación en sus partes ya altamente sensibles, que sintió la llegada de su descarga e, incapaz de seguir dominándose, con un decidido empujón sepultó el arma en las entrañas de la princesa, inundándolas con las pruebas de su ardiente vigor.

Las parejas, desechos los abrazos amorosos, se reunieron alrededor de Polskivich y Olivette para ser testigos de la culminación de la violación. El estaba en el cenit del

placer: sus desplazamientos y sus embates eran despiadados con la tierna muchacha que, casi más allá del conocimiento de sus sufrimientos, rindió su cuerpo al bestial ataque. Por fin él acabó y, con contorsiones de placer en todo el cuerpo, eyaculó un torrente lechoso.

Con escenas semejantes concluyó la orgía, y la princesa Vávava, reteniendo a su amado Alaska después de despedirse de sus invitados, se retiró con él a dormir y descansar de los efectos de su desenfreno.

Sexta parte

Tras la defunción de su padre el príncipe, Vávvara Softa se despojó al parecer del velo del recato, al menos en el recinto de sus propios aposentos. Este hecho no significó, en modo alguno, que renunciara a su elevada posición en la sociedad. Debe recordarse que era una época de libertinaje, una era de disolución sin límites. A un noble ruso le importaban muy poco las circunstancias anteriores o la virtud de su prometida, siempre que ésta fuese rica y en otros sentidos su alianza resultara conveniente. Por cierto, habría sido sumamente difícil, en ese período, encontrar a una aristócrata joven y bella cuya castidad no hubiese sido asaltada.

El mismísimo zar se erigía en ejemplo en la confusión general de la moralidad. Gradualmente, desde que sucediera en el trono a su licenciosa madre, había mostrado las mismas tendencias, y el trágico fin que le aguardaba fue parcialmente, sin duda, el resultado de una venganza por celos a la que él mismo dio origen mediante la adquisición de una amante ya codiciada como esposa por uno de sus cortesanos.

He señalado con anterioridad la atención que el zar Pablo prestaba a la joven y hermosa princesa Vávvara Softa, protagonista de este relato. Tras el acceso de ésta a las propiedades de su padre, su reaparición en San Petersburgo fue recibida con aclamaciones. El zar renovó sus atenciones. Descubrió que la princesa se había convertido en una mujer encantadora cuya belleza personal y sus logros la convertían en la beldad dominante. Pablo concibió una violenta pasión por ella, y cuando el Emperador de Todas las Rusias se enamora, ¡cuidado todo el mundo!: gare tout le monde!

He omitido por necesidad un período considerable de la historia de la princesa, porque el diario estaba en blanco durante largos intervalos o porque los apuntes registraban acontecimientos poco interesantes o meras repeticiones de escenas como las que ya he descrito. Por esas páginas se sabe que albergó realmente la idea de casarse con el joven paje Alaska quien, gracias a la influencia de ella en la corte, había sido nombrado conde. No obstante, esta intención monstruosa e incestuosa -pues aunque en realidad el diario en ningún momento lo afirma, no existen dudas de que era su hermanastro- fue abandonada. La repugnancia del zar a permitir el matrimonio de su amante, pues en eso se había convertido ahora la princesa, impidió los planes de ella, que evidentemente estaban bien calculados para evitar el descubrimiento de la verdad o para desviar la posesión de sus bienes a lo largo de toda su vida.

Pero había otra persona que llegó a interesarse tan profundamente como el propio zar por la princesa Vávvara. Un tal conde Tarásov también se había enamorado de ella; este hombre, de carácter decidido, brutal y celoso, general del ejército, que ocupaba un alto cargo en la corte, albergaba la idea de hacerla su esposa. Sin duda, las vastas propiedades de ella pesaban en su decisión; pero es evidente, según se deduce del diario de Vávvara, que este noble la amaba con la brutal pasión de que era capaz su naturaleza; y, además, para una mente como la suya, los obstáculos sólo sirvieron para aumentar su determinación y aguzar su apetito.

La princesa, cauta por necesidad en virtud de sus relaciones con el emperador, no había estimulado en modo alguno los galanteos del conde Tarásov; al contrario, ella sólo tenía una vaga idea de las intenciones de éste, a las que trataba como a las declaraciones de otros que la rodeaban, es decir, como una cuestión que le preocupaba muy poco.

Aunque las costumbres disolutas e irregulares de Pablo -que ya lo habían vuelto odioso para los nobles- volvieron a éste insensible en cuanto a la publicidad de su relación con la princesa Vávava, ella tenía muy buenas razones para ocultar su vida al examen público: pretendía que él la reconociera abiertamente, y apelaba a toda su influencia, a toda su capacidad de persuasión con él para inducirlo a que la visitara o recibiera en privado. Así, ella conservaba en gran medida el control de sus propios movimientos y cierta independencia de la que, de lo contrario, no habría gozado.

Hacía tiempo que su carácter, a la par que su belleza, había evolucionado; su lujuria era inconcebible y, de no ser por las evidencias del diario, sería difícil imaginar semejantes invenciones de depravado ingenio, semejantes aberraciones, dignas de una mente calenturienta. Aparentemente blasée de los medios más normales y naturales para satisfacer sus ardientes e ingobernables pasiones, había rastreado su fértil imaginación en busca de nuevos y monstruosos placeres.

En una parte de su diario aparece la curiosa y detallada descripción de un mannequin, o figura representante de algo que indudablemente no era humano ni divino. En un pequeño gabinete, adaptado a este propósito y con suntuosos cortinajes, había, en un extremo, un portière, o sea un par de pesadas cortinas que cubrían un pequeño escondrijo al que se accedía por una entrada secreta. Estas cortinas, una vez descorridas, dejaban al descubierto una visión calculada para hacer estremecer de horror a un observador normal. En el hueco central se alzaba una imagen que, por su aspecto grotesco, su parodia de figura humana y su personificación de todo lo que es aterrador en la expresión de lascivia y obscenidad, resultaba indescriptible.

No sólo se trataba de la postura de la figura, que era erguida y bastante común, sino la idea que transmitían sus rasgos demoníacos de lujuria y ferocidad inmisericordes, lo que hacía que el observador se estremeciera y se le coagulara la sangre. El maniquí, de dos metros diez de estatura, con los brazos cubiertos por mangas largas que le colgaban cerca de los costados del cuerpo, iba ataviado con una túnica de raso rojo hasta las caderas y bajo la cual aparecían las piernas enfundadas en unas calzas holgadas. La falda corta de la túnica terminaba en la articulación de los muslos y un cinturón de cuero negro la sujetaba alrededor de la cintura. Una mirada al semblante de esta horrible efigie sólo revelaba la décima parte de la malignidad de su expresión. Los ojos, brillantes y fijos, se movían a la menor perturbación de la figura y daban la impresión de seguir al espectador con una fantasmal y burlona intención persecutoria. Sensible a ciertos movimientos del cuerpo, la lengua asomaba roja y brillante, añadiendo un matiz diabólico al efecto general.

Todo lo anterior corresponde al mannequin en reposo. En cuanto al uso que le daba la princesa, enseguida sabremos más.

En el gabinete se destacaba un único mueble, un lecho, situado en el centro de la estancia y cubierto, como los cortinajes, con un tapizado delicado y lujoso. El extremo del lecho estaba muy próximo al portiére y no estaba diseñado según un modelo corriente: había sido adaptado a las exigencias de los combates amorosos, dado que no estaba destinado al simple descanso, y su mecanismo secreto había sido montado especialmente con dicho propósito.

La propia princesa Vávvara nos aclara más sobre el tema de dichos horrores; éstas son sus palabras:

«Entro en el gabinete, estoy sola, me tumbo en el lecho. Contemplo ociosamente la cortina echada, que oculta mi tesoro. Procuro desterrar los pensamientos sobre cualquier otra cosa de este mundo. Me abandono al lujo de mi naturaleza apasionada, de mi voluptuosidad. Siento alivio expulsando así lo real en beneficio del culto de lo irreal, de apartar de mí las cuestiones del mundo corriente, de las que desconfío y a las que desprecio, para deleitarme en el arrobo de mi diablura mística. ¡,Qué son para mí las formas y las ceremonias de la sociedad, de la religión? ¡,Para mí, que he descartado secretamente ambas cosas, y que he creado una deidad y un culto que rivalizan con los del Baal de la Antigüedad? ¿Acaso no es mi Belfegor, mi demonio, tan buena personificación del poder como la deidad de esta sociedad? Mejor dicho, él es infinitamente más poderoso, dado que es material y hace sentir su presencia».

Es evidente que la mente de la princesa, largo tiempo forzada y torcida por la entrega a todos los vicios de la época, había alcanzado la etapa en que la razón se pervierte y las obligaciones del mundo exterior, la religión y la pureza, pierden su influencia en el cerebro. Aquel cerebro temblaba ya en el equilibrio entre esos extremos en los que hay tantas gradaciones. La princesa sigue así:

«Sí, eres un poder y una fuerza, y yo, tu adoradora, me abandonaré a ti; en tus brazos paladearé el volcánico placer de los sentidos y me bañaré en la lascivia de tus caricias. Mira, descorro la cortina que oculta tu figura, que esconde tu forma de lujuria y horror, que para mí sólo es de un deleite inefable. No me asusta mirar tu rostro, aunque seas demoníaco. ¡Belfegor! ¡Personificación de mi religión, soy la conversa de las cosas ordinarias! Te amo, te idolatro, gozaré de ti.

Toco el resorte, avanzas desde tu retiro, te acercas al lecho en el que aguardo con impaciencia; déjame ver qué me tienes preparado hoy. Tu envidioso cortinaje vela tu recinto, pero tu figura y tu frente me amenazan de continuo. Cambiante en tus atributos, siempre me presentas el mismo rostro de lujuria y malignidad suprema. ¡Mira! Toco el gong, tú lo oyes, porque de inmediato llega el sonido de la plataforma descendente. Tus brazos se mueven, cobran vida... tu lengua, tus ojos expresan tu feroz deseo. ¡Ah! ¡Tómame, Belfegor, que a ti me entrego!

Mira otra vez, me quito el manto, estoy desnuda; me recuesto en el lecho, extendiendo los miembros, mi cuerpo tiembla ante la deliciosa expectativa del deseo aplazado. Vuelvo a tocar el resorte... mi lecho se desliza hacia ti. ¿Qué me ofrecerás, Belfegor? Rápidamente toco otro resorte, tu túnica se levanta y con ella tus brazos; contemplo gloriosa su potente erección, de proporciones enormes, sus testículos inmensos destelleantes de alegría; su glande, purpúreo de deseos inquietos, se levanta como la

cabeza de una serpiente hacia tu cinturón, ¡ay, no!, tus fuertes brazos me rozan, bajan por mis miembros inferiores, tus manos me acarician, avanzan, palpan el centro de la voluptuosidad, separan mis rizos plumosos, tu cuerpo se abomba hacia delante, tus deseos son manifiestos: ¡Poséeme, Belfegor, poséeme!

Mira una vez más, vuelvo a tocar los resortes, mi lecho se desliza más cerca de ti, la mitad inferior se separa, se abre, lleva consigo mis miembros dispuestos, a cada lado de ti se separan esas columnas blancas y pulidas, desde el templo que sustentan. Estoy a tu alcance, tus manos lúbricas y ágiles ya guían el arma de tu lujuria. ¡Oh! ¡Mi amor demonio! ¡Arremetes, perforas mi cuerpo! El volumen de tu miembro me llena, tu fogoso glande penetra mi vagina! ¡Arremetes otra vez... ay!

Veo tu lengua burlona, tus pervertidos ojos agitados; tus movimientos me matan, ahora me posees, Belfegor. ¡Atropella! ¡Empuja! ¡Ah! ¡Ay! No puedo más... muero... llega tu espasmo, tu esencia me inunda... ¡Ay! ¡Ay!».

En estas anotaciones, que sin duda la princesa apuntó para su propia recreación de los placeres que su pervertida imaginación le proporcionaba, es evidente que el mannequin sólo era una máscara y la cubierta exterior de un cuerpo suficientemente robusto y alto, o sea que permitía la introducción de un hombre de carne y hueso, que poniendo sus brazos en las mangas de la figura podía palpar las partes delicadas de la persona sobre la que debía actuar. Al mismo tiempo, una abertura en sus vestidos, hecha expresamente, le permitía asomar sus partes pudendas y de ese modo, levantándose la túnica, el demonio se exhibía en un estado susceptible de aliviar la delirante pasión que había provocado.

Cualquiera habría pensado que tras un coito tan vigoroso como el descrito, la princesa Vávvara habría quedado, al menos por el momento, satisfecha. Pero éste no era, en modo alguno, su caso: su fogosidad era excesiva para satisfacerla tan fácilmente.

Tras un breve reposo, volvió a requerir los poderes corpóreos del demonio. A un nuevo toque del gong, se oyó el mismo ruido de una plataforma descendente y reapareció la figura, a su disposición. La princesa no se había molestado en levantarse, aunque para su propia comodidad había cerrado la parte inferior del lecho. A una pulsación del resorte, la túnica del demonio volvió a levantarse, dejando al descubierto el miembro que, aunque de dimensiones suficientes para satisfacer las exigencias de la más lujuriosa, evidentemente no era el mismo que había hecho su aparición en primer lugar.

A continuación volvió a representarse la misma escena. La princesa tocó un resorte y el lecho se deslizó hacia la figura. Otro toque al mecanismo y se dividió la mitad inferior, abriéndose gradualmente, y las dos partes se separaron, con los muslos de la princesa impudicamente apoyados en su blanda superficie. Luego entraron en juego las manos del demonio; buscaron, indudablemente sin asistencia óptica, los tesoros más secretos de la princesa y después, adaptando el enorme falo a la brecha, se renovó rápidamente la penetración, se sucedieron los mismos movimientos adelante y atrás, y muy pronto el demonio, en medio de las más diabólicas muecas, soltó un diluvio de

semen. Siete u ocho encuentros semejantes tuvieron lugar uno tras otro; en algunos casos la propia princesa encajaba el artilugio en su funda; en otros momentos invertía su posición y, entre labios no especialmente adaptados por la naturaleza al acomodo de semejantes objetos, recibía las estocadas de su deidad favorita.

En algunas ocasiones estaba presente el joven conde Alaska, y la escena parece haber incluido actos de sodomía. A petición de la princesa, Alaska se estiraba en el lecho en su lugar, presentando al demonio el reverso de la medalla, que éste reconocía con una apreciación casi humana.

Ya hemos señalado que el conde Tarásov había concebido la idea de casarse con Vávvara, pero la intimidad de ésta con el emperador se interponía entre el conde y su objetivo. Cabe suponer, asimismo, que este noble feroz y vengativo sintió el aguijón de los celos ante una intervención que frustró sus planes. Por ende, se prestó sin escrúpulos a la complicidad del grupo que ya entonces conspiraba contra la vida de Pablo. Incluso cuando eliminaron a su padre, habían tomado la decisión de eliminar al zar reinante. Había otros cuatro implicados en la conspiración.

En esa época el emperador se había acostumbrado a recibir a la princesa Vávvara en su palacio de ***, y había hecho construir un pasadizo secreto hasta su alcoba, para organizar mejor las visitas de la princesa al lecho real.

Entretanto, gracias a ciertas informaciones secretas, el conde Tarásov estaba enterado de estas visitas secretas al zar, su amo, y delirando de rabia propuso a sus cómplices ejecutar de inmediato el proyecto.

Una noche los conspiradores, en virtud de su rango y de los puestos que algunos ocupaban en la corte, lograron entrar en el palacio real y llegaron a los aposentos del desafortunado Pablo. En la puerta, no obstante, fueron detenidos por el fiel centinela, quien se negó a dejarlos pasar, pese a que ellos pretextaron que se estaba incendiando la ciudad y que debían informar de inmediato al zar. Al ver que tanto amenazas como persuasiones eran inútiles para apartar al hombre del cumplimiento de su deber, cayeron sobre él y, a pesar de sus gritos de socorro, lo asesinaron allí mismo atravesándolo con sus espadas.

Mientras, el alboroto alarmó sin duda al emperador, quien parecía haber oído el primer alto de su fiel cosaco.

Una anotación en el diario, prácticamente de la misma fecha, ofrece los siguientes pormenores:

«Yo había llegado como de costumbre alrededor de las diez, y el emperador se presentó puntual a la cita, cosa habitual en él. Entré por el pasadizo secreto y él lo hizo por la gran escalinata. Oí que el centinela presentaba armas cuando él bajó el pasillo. Estaba de un extraordinario buen humor, aunque ese día las cosas no le habían ido del todo bien. Lo encontré amoroso en una medida que rara vez evidenciaba. En cuanto estuvo en la cama me abrazó y me besó impetuosamente. No tuve dificultades en descubrir su estado --toda su familia estaba bien hecha y era fuerte, al menos en ese

particular--. Me rogó que jugara con la joya imperial. Obedecí, y adaptándola a mis labios lo excité aún más mediante mis fogosas caricias. El me montó y en un abrir y cerrar de ojos me penetró profundamente. Sus movimientos eran rápidos y vigorosos, la *** real era digna de su rango. Sus suspiros, sus murmullos de placer suenan todavía en mis oídos; me poseyó por completo y regiamente acometió y me llenó con su instrumento; luego, demasiado pronto, lo acometieron los espasmos y se hundió en mi interior, eyaculando copiosamente, abrazado a mí.

El emperador todavía descansaba tras la febril excitación que acababa de vivir, y los dos oímos un agudo alto seguido por voces sonoras y airadas. Pablo saltó de inmediato de la cama y me hizo señas de que lo imitara. Lo seguí a la mayor velocidad posible. El desenvainó la espada, me dijo que me cubriera con una bata y abrió la puerta del pasadizo secreto para que yo pasara; creo que tenía la intención de seguirme. En ese instante se abrió la puerta de la alcoba; Pablo giró sobre sus talones y se enfrentó a los intrusos con la espada en la mano: la puerta del pasadizo secreto se cerró rápidamente a sus espaldas, y oí que se desgarraba su camisa de dormir porque un trozo quedó atrapado en la puerta. Corrí a la pequeña cámara cercana y allí, por primera vez en la vida, abrumada de terror, creo, me desmayé.

Debí de permanecer cierto tiempo en estado inconsciente, porque lo primero que recuerdo es el agarrón de una mano brutal y órdenes severas a las que no estaba acostumbrada. Temblando de miedo y frío, abrí los ojos y encontré el feroz semblante del conde Tarásov. Con indecible horror vi que su rostro, y también sus manos, estaban salpicados de sangre.

-Despierta belleza mía -me susurró al oído mientras me levantaba en sus fuertes brazos, como habría hecho con un niño--, ven... me ha llegado el turno, nada aviva tanto mi lujuria como la vista, el olor de la sangre... y por fin, perla mía, inapreciable mía, te tengo. ¡Eres mía! Ven -prosiguió, mientras me depositaba besos ardientes en la cara y el pecho, que había escapado de mi presuroso atuendo, y me abrazaba de una forma significativamente indelicada-. Ahora te gozaré, no podrás escaparte, las puertas están cerradas, estamos solos. ¿Te atreves a oponerte a mi voluntad? Valoro tu resistencia, pero con eso sólo logras inflamar mi pasión, calla, si no quieres morir... debo... lo haré...

Me desgarró el déshabillé de un manotazo, clavó la mirada en mis encantos y, levantándome la camisa de dormir, pasó su obscena mano en mi vientre y el monte de Venus. Me sentí impotente en sus garras. Vi que abría su vestido para dejar suelto un miembro rojo y llameante; me arrojó en el sofá y, abriendo bestialmente mis muslos temblorosos, se me echó encima. Guió su falo empinado entre los labios, abrió la vulva, y el conde, delirante de sangre y lujuria, con un rugido de concupiscencia, penetró en mi cuerpo.

En cualquier otro momento y circunstancias, yo habría sucumbido a las provocaciones de goce que este hombre prometía, pero dada mi situación, al menos dudosa debido al trágico acontecimiento que acababa de tener lugar en el aposento contiguo, llena de horror y asco, sólo pude apretar los dientes e intentar liberarme de los apretones de ese bárbaro. Pero mis forcejeos sólo lograron aumentar su disfrute de mi persona. Sus

movimientos se volvieron terribles, su barra dura e inflexible se tensó e hinchó más a medida que aumentaba su excitación, la adelantaba con fuerza despiadada, y con breves y feroces saltos de sus fuertes caderas, buscó la consecución de su acto brutal. Por fin alcanzó el clímax y cuando se aferró a mí sentí su chorro ardiente. Entonces se levantó y casi sin darme tiempo a recuperar el sentido, me arrastró hacia la otra entrada, donde me entregó a dos hombres que me echaron encima una capa, me subieron en el acto a un carruaje y me llevaron a mi propia morada».

El bárbaro asesinato del emperador Pablo ha sido largo tiempo tema de investigación histórica y no necesita de nuevas alusiones por mi parte. El papel que la desdichada princesa Vávvara estuvo condenada a jugar en la última escena, que significó el punto final de la carrera de Pablo, parece haber perturbado su mente. Es por todos sabido que ninguno de los conspiradores fue abiertamente castigado y mucho menos presentado a la justicia por su crimen, aunque fueron objeto de suspicacias y desconfianzas, y el zar sucesor -que debía su corona al crimen- halló los medios para alejarlos gradualmente de la corte y de la capital.

La princesa Vávvara Softa no escapó al odio que envolvió a todos los relacionados con el desafortunado Pablo. El nuevo zar, Alejandro, la desterró de la corte, y el conde Tarásov halló cómo -presionando en sus temores- inducirla a consentir en casarse con él. Consecuentemente, Vávvara se convirtió en su esposa... al menos por derecho y de nombre.

Sin embargo, esta alianza no impidió a la princesa perseverar en su vida secreta de lujuria, pues mientras Tarásov seguía viviendo en su propia morada, la princesa continuaba habitando su palacio ancestral de San Petersburgo. El joven conde Alaska gozaba de su intimidad y de hecho todavía vivía con su amada. El era el principal resorte de la mayoría de los inventos lascivos de ella, y también parece haberla estimulado en todo tipo de desenfrenos.

Incapaz de satisfacerse con los deleites que la naturaleza ofrece a la mayoría de los mortales en sus tratos con la diosa del amor, la princesa ansiaba lo más outré, lo más desvergonzado e infame del goce. Ninguna fuente de placer aun opuesta a las leyes naturales, y que pudiera salir de los despojos de una mente tan depravada como la suya, le resultaba excesivamente monstruosa o impúdica.

La princesa Vávvara Softa tenía un álbum que había llegado a sus manos directamente desde Japón. La obra, llena de dibujos originales a la acuarela, de gran tamaño, bella y hábilmente ejecutados por un artista japonés, representaba en cada imagen a una jovencita que, como ella misma, harta de las satisfacciones venéreas ordinarias -que ya no tenían ningún atractivo para su depravada imaginación- se entregaba a las lascivas caricias de la creación bestial. Allí se sucedía una infinidad de posturas grotescas e indecentes en las que se retrataba a la protagonista en el acto de la relación sexual con diversos animales, y una tras otra, cada una más extravagante que la anterior. La princesa Vávvara encontraba gran deleite en este álbum. Así, invocaba los relatos de antaño, los amores fabulosos de las ninfas y las diosas, Europa y su toro, Leda y su amante emplumado, todos y cada uno de los casos de la perversión del deseo sexual.*

Aunque el diario nada dice sobre esta cuestión, sin duda la princesa también se abandonó a estos ardores antinaturales. Por momentos menciona sus dos enormes mastines, y se refiere a ellos con términos que en general sólo se aplican a relaciones muy íntimas. También poseía un hermoso poni blanco, varios asnos de diversas razas y toda una colección de monos y babuinos.

No nos corresponde a nosotros averiguar hasta qué punto, o en qué abismo, se arrastró la hermosa protagonista en estas satisfacciones. Pero en este período tuvo lugar un acontecimiento que puso punto final a una carrera notable, aunque no sea más que por sus irregularidades.

«El conde Tarásov llevaba unos días ausente. Su presencia siempre me llena de terror. Poco a poco había ido rodeándome de sirvientes y personas elegidas por él. Yo protestaba en vano, él se enfurecía y me amenazaba, dándome a entender que tenía autorización del emperador para encarcelarme en una de sus fortalezas.

En esta ocasión, a su regreso observé una sospechosa expresión de forzado buen humor en su semblante en general desagradable. ¿Qué puede estar ocurriendo? Temo que se esté fraguando una maldad.

Es verdad... estoy perdida. Ha descubierto mi secreto... el secreto de mi vida. ¡Qué horror que yo misma lo haya llevado inconscientemente a sospechar! ¡Mi Alaska... mi héroe! ¡Mi todo! El conde vendrá... me matará, no, no me matará... sólo me encarcelará. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Qué cárcel! Una tumba viviente. No puedo... no puedo afrontarlo; la muerte... la muerte sería mil veces preferible. He de conservar la calma. ¿Cómo actuar? Alaska... sólo tú, mi amor y mi venganza, sólo tú poseerás por fin lo que es tuyo. Yo expiaré porque te amo... ¡Ay! Te amo.»

Evidentemente hay aquí una terrible pausa, porque la pluma fue arrojada sobre el papel y rodó sobre éste, manchando la página con una línea de tinta irregular y oscura. Luego sigue una revelación, que sin duda fue la causa de que este curioso documento viera la luz en tiempos posteriores.

«Lo he hecho... la muerte es mejor que la prisión con que él me amenaza. Volveré a vivir en mi Alaska. He tomado la poción, nauseabunda, sí, pero me ha brindado la paz, la paz de mis enemigos, el placer para mi Alaska a partir de ahora. ¿Escuchas? Ya llega, son sus pasos; oh, querido, querido mío, rápido, de prisa, coge este paquete; es él, sin duda, no veo, coge este paquete, Alaska... ¡Alaska!»

Otra terrible pausa; si es correcta la conjetura de que la princesa Vávava había ingerido veneno, parece haberse recuperado un poco de lo que atribuyó a sus efectos inmediatos, pues prosigue con la última anotación de su diario:

«Está aquí, ha estado en mis brazos, sus dulces abrazos me han dejado pletórica de placer; no podía negárselo; él no sabía... que me gozaba por última vez. ¡Qué bendición sus besos! Estoy contenta de morir...».

Aquí concluye bruscamente el fatal diario. No hay mucho que agregar a modo de explicación o secuela. Tras diligentes investigaciones en fuentes informativas a las que el público no tiene fácil acceso, he descubierto que aproximadamente en esa época falleció repentina y misteriosamente la bella y desafortunada princesa Vávvara Softa, hija y heredera del príncipe Demetri Petróvich; que su marido, el conde Tarásov, cuyo carácter brutal y licencioso era ampliamente conocido, fue considerado responsable de la muerte de ella y desterrado a sus propias posesiones en un gobierno distante, donde se vio obligado a residir durante el resto de su vida por orden expresa del emperador Alejandro. Por la misma fuente me he enterado de que el conde Alaska Petróvich prestó servicios durante muchos años en el ejército, y tras alcanzar la graduación de general se retiró a gozar del tiempo libre en las propiedades de su padre. Aparentemente gozó de favores especiales por parte del zar, quien al presentársele ciertos papeles en los que quedaba confirmado su derecho de nacimiento, facilitó su petición hasta el punto de que parece que nunca se planteó la menor oposición.

Queda en manos del lector conjeturar cuáles eran esos papeles.